

CRISTIANIDAD



130
Y
131

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

15 AGOSTO

1 SEPTIEMBRE

1 9 4 9

En un tiempo en que el Magisterio supremo de la Iglesia concentra toda su atención en hacer superar a individuos y a naciones los límites siempre estrechos de sus respectivos intereses—incluso legítimos y sobrenaturales—y nos anima a enhebrar el detalle de nuestra vida cotidiana y vulgar con «grandes constructivos ideales», el sentido «católico» de la devoción de Fátima aparece profundamente uno con el que los Sumos Pontífices quieren imprimir a nuestra vida, y una nueva poderosa razón surge para aceptarla, a saber: que el mensaje de Fátima es el mensaje de Roma.

Para que renazca en nosotros el espíritu de oración y de penitencia, y se prepare en esta suerte el Reinado de Jesucristo—según la intención particular de Su Santidad Pío XII para el próximo Año Santo—por esto desea y pide CRISTIANIDAD que la Virgen de Fátima nos visite también.

Ya hemos notado que este carácter universal lo ha tenido siempre la oración mariana por excelencia, a saber: el Rosario. Con frecuencia recuerdan los Sumos Pontífices cómo entre el pueblo cristiano se ha producido un renacimiento de la devoción del Rosario cada vez que un grave peligro le amenaza: la herejía albigense, la invasión, por mar o por tierra, de los turcos. Reproducimos dos Encíclicas de León XIII sobre el Rosario, a saber: la «*Adjutricem populi*», y la «*Laetitiae sanctae*», que además, de hacernos penetrar en su espíritu, muestran su profunda acomodación a las necesidades de nuestro tiempo.

Virgen de Fátima, ¡venid a nosotros!, por Luis Creus Vidal (pág. 345).

Al Corazón de Jesús por el Corazón de María, por el P. Antonio Udina, S. I. (pág. 347).—«**Soy la Señora del Rosario**», por Fhahm, O. P. (págs. 348 y 349).—**De la Encíclica de León XIII «Adjutricem populi»** (páginas 350 a 352).—**De la Encíclica de León XIII «Laetitiae Sanctae»** (págs. 353 a 355).—**Tres razones que apoyan el deseo del pueblo cristiano**, por el P. José M.^a Bover, S. J. (págs. 356 y 357).—**Hacia el Cuarto Año Jubilar: Année Mariale: Un appel des Cardinaux et Archevêques de France. Pio movimento internazionale «Pro Regalitate Mariae»** (págs. 358 a 360).—**Carta del Beato P. Antonio M.^a Claret a un devoto del Purísimo e Inmaculado Corazón de María** (páginas 362 y 363).—**Por el Corazón de María al Reinado del Corazón de Jesús**, por José María Viñas, C. M. F. (págs. 364 y 365).—**El sacerdote ante el Corazón de Jesús**, por el Excelentísimo y Rvdmo. Sr. Obispo de Pamplona (pág. 366).—**Bula de indicción del Año Santo** (págs. 367 y 368).

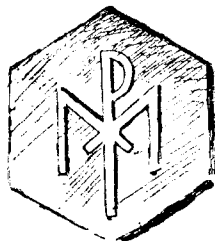
El comunismo es materialista y anticristiano: Decreto de la Congregación del Santo Oficio, 1.^o de julio de 1949 (página 360).—**El comunismo enemigo de Dios, de la religión verdadera y de la Iglesia de Cristo**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 369 a 371).

Orientaciones Bibliográficas: **Catolicismo o Barbarie**, de José-Oriol Cuffí Canadell, por Luis Luna.—**La Vida de Nuestro Señor Jesucristo**, de Andrés Fernández Truyols, S. I., por Isidro Gomá Civit, presbítero (páginas 372 a 374).

Mis recuerdos del «Monte Athos», por Alexis Marcoff (págs. 374 y 375).

De Actualidad: **Los Santos Lugares de Palestina: Mensaje del Episcopado español y respuesta del Santo Padre**.—**La nueva ley fundamental de la Argentina**, por J. O. C. (pág. 376).

Ad Iesum



per Mariam



BODEGAS DEL

Conde de Alba

FUNDADAS EN 1872

HARO - RIOJA

GRANDES PREMIOS EN LAS EXPOSICIONES DE MADRID
EN 1877, DE PARIS 1878, DE BURDEOS 1878, DE
BARCELONA 1888, Y OTRAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

Representante para Cataluña y Baleares

LUIS CREUS VIDAL

Aribau, 177 - Telef. 70634

Distribuidor exclusivo para Barcelona

COMERCIAL ANONIMA VICENTE FERRER

CRISTIANDAD

NÚMS. 130 y 131 - AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 502, 2.º, 1.º - Teléf. 22446
BARCELONA

15 Agosto y 1 Septiembre de 1949

Grz., 1, 1.º - Teléf. 225675
MADRID

VIRGEN DE FATIMA, ¡VENID A NOSOTROS!

«¡La Señora está triste!» Esta era la comunicación, la confidencia que entre sí se hacían los tres niños de Aljustrel, después de cada Aparición. Esta impresión, que Walsh recoge tan bien en su obra, resume una de las características principales, la más profunda quizá, de todas, del Mensaje de Fátima: «¡La Señora está triste!».

Porque Fátima, digámoslo aquí otra vez, no es uno de los muchos venerables Santuarios con que, a lo largo de la Historia, la piedad creciente ha esmaltado los pueblos cristianos. Fátima, escogida paradójicamente - para nuestras limitadas humanas luces - en la austera tierra portuguesa, por la que es Reina de las riquezas de los Cielos y de las pobrezas de este Mundo tan orgulloso hoy ante unos míseros avances económicos y científicos, es la concreción de un Mensaje. ♦ ¿Y, cuál es este Mensaje cuya gravedad rubrica la divina tristeza de la Madre de Dios? La autorizada voz del Eminentísimo Sr. Patriarca de Lisboa, Cardenal Cerejeira nos lo dice: «Nuestra Señora de Fátima recuerda la última misericordiosa intervención del Corazón Inmaculado de María para salvar a los hombres y a las naciones. Habla a un mundo en crisis, amenazado de caer en la barbarie y en la esclavitud, y su voz es un grito lacerante de Madre, al ver abrirse insondables abismos de miseria delante de sus pobres hijos enloquecidos, es apelación, es esperanza, es salvación en esta hora apocalíptica». Fátima es «... la Revelación del Corazón Inmaculado de María al mundo actual» como camino seguro para llegar al Corazón de Cristo. «... Fátima en cierto modo es la continuación, o mejor, la conclusión de Paray: reúne aquellos dos Corazones que el mismo Dios unió en la obra divina de la redención de los hombres».

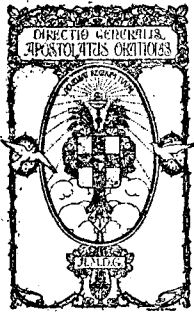
...

Barcelona, que aparece como ciudad turbulenta y ciudad alegre, está, también, profundamente triste. Mas su tristeza es toda otra: es la tristeza de la misma desazón íntima que corroe las entrañas del Mundo y que la extraordinaria sensibilidad de nuestra capital no puede menos que sentir especialmente. ♦ Porque Barcelona, ciudad turbulenta, es también ciudad misteriosa. Ya que ella alberga a quienes odian a Jesús, y cobija, al propio tiempo, a muchos otros que quizá le aman más que en otras partes. ♦ Cabe aquella extraña Avenida, popularmente conocida por «El Paralelo», que en el agitado comienzo de siglo apareció como símbolo de todas las subversiones, (y que seguía siéndolo tan notable y sangrientamente en 1917, época del celestial Mensaje), se eleva, venerable y milenaria, la románica iglesia de San Pablo del Campo. Desde 1835, en que estalló el motín - que como el cantar recuerda, comenzó allá en los toriles - que fué el primero, las hordas lo han incendiado cuatro veces. Ahora se procede a su restauración quinta. Cuatro veces dominó aquí el designio de la Blasfemia, pero por cinco veces prevaleció encima de ella la Oración... Pocos sagrados muros en el Orbe habrán sido tan terca y reiteradamente calcinados, mas también es cierto que pocas ciudades albergan la amarga contradicción de la nuestra, contradicción que no ignoramos sigue latiendo aún a través del actual «dulce far niente»... ♦ Y aquellos que aman a Jesús, en esta Barcelona, que lleva ya ciento cincuenta años de convulsiones, se asoman ante esta segunda mitad del Siglo, que el próximo Año Santo abre, y sienten, con mayor conciencia que nunca, en todo su pavoroso vértigo, el enigma de la tremenda Encrucijada...

Ante el año de 1950, Año Jubilar, que esperamos sea el cuarto en el camino de la Consagración totalitaria del Mundo espiritual y aun del Físico en nuestra era atómica, a los Divinos Corazones que saben «apiadarse de la Turba», los católicos barceloneses reclaman, como su mejor preparación, la presencia, en su ciudad, de la Virgen de Fátima. ♦ De boca del mismo venerable Cardenal Cerejeira saben bien que su Mensaje puede identificarse con aquel otro, de sublime sencillez: «¡Haced todo lo que Él os diga!» Pero esto necesitan oírlo de Ella misma, ya que en esta Consigna de la que es Sede de la Sabiduría, se encierran todos los programas. ♦ ¡Virgen de Fátima, venid a nosotros! No os deseamos, solamente, para tributaros un homenaje externo más, que de ello, con vuestra ayuda, responde el amor de vuestros hijos. Os deseamos para oír de Vos aquella Consigna de Caná, mucho más íntima aún: os hubiéramos deseado aun cuando vuestra presencia hubiese habido de limitarse a veros adorada en el más recoleto de nuestros templos. Os deseamos y os necesitamos, para que vuestro Corazón nos conduzca al de vuestro Hijo, con tanta «mayor veneración que en otras partes», cuanto que aquí puede volver a verse odiado con la violencia que lo ha sido en otras veces, de las que todos somos testigos. ♦ ¡Divina Señora! Venid a comunicarnos a todos, especialmente a los que somos turbulentos y distraídos, algo de vuestra santa, de vuestra divina tristeza, la salvadora y grave tristeza de vuestro misterioso Mensaje de Fátima!



Luis Creus Vidal



Por las escuelas católicas

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de Septiembre)

DOS peligros amenazan en nuestros días las escuelas católicas.

1. — Como hoy en muchas partes sucede, los estados, al promover la escuela única, neutra y obligatoria, ponen en grave riesgo la *libertad de la educación católica*.

Muchas veces ha sido condenado tal sistema por los Sumos Pontífices. Pío XI en su Carta Encíclica «Divini illius Magistri» resumía así los principales argumentos; los lugares de enseñanza y las escuelas, por su misma naturaleza, han existido siempre como refuerzo y — podríamos decir — como complemento de la Iglesia y al mismo tiempo de la familia; por consiguiente las escuelas públicas no sólo no pueden repugnar a la familia ni a la Iglesia, sino que, en lo posible, deben amoldarse a una y otra. De donde se sigue necesariamente que por medio de las escuelas que llaman neutras, es arrancado y destruído todo fundamento de educación cristiana, puesto que se aparta de ellas en absoluto la religión; y por lo demás, de ningún modo, sino por pura apariencia, pueden ser neutras estas escuelas, puesto que o ya son enemigas declaradas de la religión, o están en vías de serlo... Nos confirmamos y reiteramos con insistencia las súplicas de nuestros antecesores y asimismo las prescripciones de los sagrados cánones, por los cuales se prohíbe a los católicos adolescentes frecuentar, aun cuando tengan motivo, las escuelas tanto neutras como mixtas, es decir: aquellas a las que asisten católicos y acatólicos sin ninguna distinción. A las cuales, sin embargo, se podrá asistir, a juicio del Ordinario, sólo en determinadas condiciones de tiempo y de lugar, con tal que se tengan particulares precauciones...

La escuela acatólica era tenida por muchos, incluso jefes de estado, como un medio óptimo para desraizar la fe. De este modo hay regiones de toda Europa que no pueden ya llamarse católicas ni cristianas y han vuelto al mero paganismo, por causa de aquellas generaciones instruídas sin religión. En esto hay que encontrar el inesperado éxito del comunismo entre las gentes debilitadas por la ignorancia religiosa y apartadas del espíritu del cristianismo. La escuela neutra de los liberales ha preparado el camino al comunismo, negador de Dios.

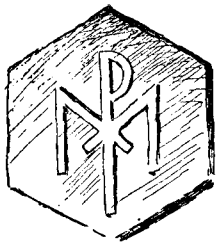
2. — *La pobreza de la escuela libre* existente en muchas partes, pone en peligro su misma existencia.

Las leyes que permiten la escuela católica llevan muchas veces consigo una gran injusticia, como quiera que la dejan sin ningún auxilio o con una ayuda inadecuada. Los católicos tienen que constituir y reformar los edificios, y sustentar a los maestros de su propio peculio, después de pagar el oneroso impuesto para la escuela pública. No se hallan ciertamente siempre entre los más ricos los buenos católicos que desean de todo corazón procurar a sus párvulos la educación cristiana y no parecen bastar siempre los enormes sacrificios con que animosamente se cargan.

Los edificios, insuficientes por su magnitud y carentes de lo necesario no permiten la sanidad y el honesto progreso de los niños. Las reparaciones necesarias y las mejoras deseables superan la indigencia de los católicos. Y así la tentación de enviar a los jóvenes a las modernísimas escuelas del Estado puede parecer muchas veces casi insuperable a los padres amantes de sus hijos.

Digno es de dolor que la misma comunicación de las ciencias humanas es cada vez peor, puesto que no se puede encontrar maestros competentes a causa de la falta de salario. Muchos son los que se ven obligados a contemplar en sus hijos un estado intelectual y una cultura francamente inferior a lo conveniente. Nadie hay que no vea el gran detrimento que para la Iglesia significa esto.

(Traducción del original latino de la Dirección General. Roma).



RAZON DE ESTE NUMERO

«El pueblo fiel puede desorientarse con la introducción de una nueva advocación mariana». «Podría darse lugar a desviaciones supersticiosas de la piedad». «Tradicionalmente se hacían peregrinaciones a los Santuarios de la Virgen: nunca era la Virgen la que peregrinaba...»

Creemos haber resumido las principales objeciones que suelen oponerse a la devoción a la Virgen de Fátima y más en concreto en este caso, a su venida a Barcelona. CRISTIANDAD, en un número cuya finalidad primordial no es otra que pedir, precisamente, que la Virgen de Fátima visite nuestra Ciudad, no puede menos que tenerlas presentes, pero cree sinceramente que ellas se desvanecen si se atiende al fondo de la cuestión.

Esta devoción, en efecto, que tan repetidamente se ha extendido en la Iglesia, ha nacido por iniciativa de la misma Virgen María. ¿Por qué no responder con una aceptación confiada a esta iniciativa?

Pero hay más. Esta misma Madre nuestra, que se ha complacido, en multiplicarse, diríamos, en cada pueblo y en cada aldea para participar en las más pequeñas preocupaciones de que está sembrada nuestra vida, parece haber querido, en ocasiones, manifestarse, al contrario, para el bien Universal de la Cristiandad; y así, lo mismo que antaño al hacer entrega del Rosario a Santo Domingo, sus apariciones como «la Señora del Rosario» en la Cova de Iria tienen este mismo carácter de universal amplitud.

Ahora bien. En un tiempo en que el Magisterio supremo de la Iglesia concentra toda su atención en hacer superar a individuos y a Naciones los límites siempre estrechos de sus respectivos intereses — incluso legítimos y sobrenaturales — y nos anima a enhebrar el detalle de nuestra vida cotidiana y vulgar con «grandes y constructivos ideales», el sentido «católico» de la devoción de Fátima aparece profundamente uno con el que los Sumos pontífices quieren imprimir a nuestra vida, y una nueva, poderosa razón surge para aceptarla, a saber: que el mensaje de Fátima es el mensaje de Roma.

Para que renazca en nosotros el espíritu de oración y de penitencia, y se prepare de esta suerte, el Reinado de Jesucristo, — según la intención particular de su Santidad Pío XII para el próximo Año Santo — por esto desea y pide CRISTIANDAD que la Virgen de Fátima nos visite también.

Ya hemos notado que este carácter universal lo ha tenido siempre la oración mariana por excelencia, a saber: el Rosario. Con paciencia recuerdan los Sumos Pontífices como entre el pueblo cristiano se ha producido un renacimiento de la devoción del Rosario cada vez que un grave peligro le amenaza: la herejía albigena, la invasión, por mar o por tierra, de los turcos. Reproducimos dos Encíclicas de León XIII sobre el Rosario a saber: la «Adjutricem populi», y la «Laetitiae sanctae» que además, de hacernos penetrar en su espíritu, muestran su profunda acomodación a las necesidades de nuestro tiempo.

Al Corazón de Jesús por el Corazón de María

La Congregación Mariana por medio de su Rvdo. P. Vicedirector, pide:

«¡Que venga a Barcelona la Virgen de Fátima! Nuestra devoción mariana y nuestra devoción al Corazón de Cristo lo piden. ¡Una y otra saldrán beneficiadas!»

Acabamos de celebrar el cincuentenario de la consagración del mundo al Sacratísimo Corazón de Jesús (11 de junio de 1899), decretada por Su Santidad el egregio Pontífice León XIII.

Y no hace mucho (en el año 1942) otro Pontífice no menos egregio —si es lícito comparar el uno con el otro— consagró el mismo mundo al Inmaculado Corazón de María.

No es sorprendente que la consagración al Corazón de Jesús se anticipase a la del de María. Cristo es, por derecho, el Señor, el Rey, el Mediador para con su Padre; María es Señora y Reina por su asunción al orden hipostático y soteriológico y Mediadora para con el Mediador. Es la doctrina católica, practicada desde los primeros tiempos, cuando la figura de María quedaba como en la sombra, para que fulgurase únicamente, y sin peligro de torcidas interpretaciones, la figura del Divino Redentor.

Pero es también doctrina católica, profesada asimismo por la Iglesia antigua, que junto al nuevo Adán hay una nueva Eva —madre de los vivientes según el espíritu— y que como la muerte nos vino de un hombre por la intervención desgraciada de una mujer, así la vida nos haya venido de un Hombre por la intervención bienaventurada de una Mujer.

Por eso el católico principio «Ad Iesum per Mariam» tiene su equivalencia en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: «Ad Cor Iesu per Cor Mariæ.» Por eso el Apostolado de la Oración diariamente por millones de afiliados ofrece al Corazón de Jesús todas sus oraciones, obras y sufrimientos, «por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima».

Nadie como el corazón de una madre sabe pedir con tanta eficacia a su hijo. Y nadie como el corazón de una

madre sabe pedir por sus hijos con tanta eficacia. Es el amor que abrasa el corazón de la madre el que mueve al hijo a conceder lo que ella le pide. Y es el amor que abrasa el corazón de la madre el que mueve a ésta a pedir por sus hijos. Es, pues, no sólo otros muchos títulos, sino

el amor, el Corazón de María Santísima el que nos da confianza en su mediación, porque es amor para con su Hijo y amor para con sus hijos.

Y es Ella quien, en nuestros tiempos, ha querido que considerásemos las riquezas de su Corazón de madre y que nos consagrásemos a El. Nos lo ha dicho en las manifestaciones de Fátima.

Por eso Fátima ha pasado al primer plano en la vida religiosa, cristiana, mariana del pueblo fiel; Fátima ha pasado al primer plano en la devoción al Sacratísimo Corazón. A un Corazón por otro Corazón. Al Corazón digno de todo amor; por medio del único Corazón capaz de amarle dignamente.

La devoción a este Corazón, tal cual la quiere Ella misma desde Fátima, nos llevará a la devoción a aquel Corazón.

Por eso tantos paseos triunfales de la imagen de Fátima por tantos y tantos pueblos y ciudades de nuestra Patria y del mundo entero.

¿Por qué la Virgen de Fátima

no se ha paseado triunfalmente por Barcelona?

No lo sabemos. Quizá porque nadie lo había movido hasta la fecha.

Sabemos que actualmente se trata de llevar a cabo lo que ya en tantos sitios se ha realizado.

¡Que venga a Barcelona la Virgen de Fátima! Nuestra devoción mariana y nuestra devoción al Corazón de Cristo lo piden. Y una y otra saldrán beneficiadas. Y también Barcelona.

Antonio Udina, S. I.

Vicedirector de la Congregación de la V. M.
y San Luis Gonzaga



"Soy la Señora del Rosario"

Alguien ha dicho de Fátima que es *la gran revelación del siglo veinte*. Y no es aventurado afirmar que los prodigios acaecidos en aquel rincón heroico y privilegiado de Portugal constituyen el acontecimiento religioso más admirable y formidable de los tiempos modernos.

Aunque pasó, hace años, lo llamativo y sensacional del hecho —como un meteoro de expectación y emotividad—, queda el ascua encendida de su contenido sobrenatural en el alma de las gentes. Porque el MENSAJE que allí se le dió al mundo en la persona de los pequeños Videntes, y cuya substancia atañe al destino de muchos pueblos y a la vida de toda la Cristiandad, está brillando todavía sobre las trágicas ruinas y orfandades de las dos guerras pasadas y sobre las nubes de inquietud y malestar que agobian hoy a la humanidad entera, como un iris de esperanza salvadora. Puede decirse con verdad que las maravillas y revelaciones de la Virgen de Fátima —como las naos lusitanas del siglo de oro— han dado gloriosamente la vuelta al mundo, conmoviendo la fe dormida de innumerables almas y trazando rumbos de regeneración moral para todos.

¡Espectáculo nunca visto en la tierra! Ninguna advocación de la Virgen ha recibido nunca un culto tan público y universal, ni ha arrastrado en pos de sí muchedumbres tan numerosas y entusiastas. Varias imágenes de aquella Señora «tan dulce y bonita», «hecha toda de luz», «brillante como el sol», van recorriendo el mundo a través de todos los continentes en misión de paz y de amor, de vida y salud para las almas y los cuerpos. Las multitudes heterogéneas que se congregan y conmueven al paso de esa «Virgen Peregrina y Misionera», aclamándola con un fervor insólito como si fuera la Reina y Madre de la humanidad, recuerdan aquellas turbas inmensas, populares y cosmopolitas, de los tiempos evangélicos, que acudían a ver las maravillas mesiánicas de Aquel que era la Redención y la Vida y aparecía en todas partes «lleno de gracia y de verdad». Los milagros de curación y conversión entre las gentes se multiplican por doquier. Si los pueblos la reciben con derroches de flores y lágrimas, de vítores y plegarias, Ella les prodiga los tesoros de sus gracias y bendiciones, dejando en las almas un sabor de gozo y consolación —un *no sé qué* divino— no experimentado jamás.

Cualquiera que haya asistido alguna vez a esas magnas concentraciones o pasos triunfales a que nos referimos, habrá visto y sentido cómo la Virgen de Fátima cumple con el mundo de hoy los oficios inefables de su Mediación y Maternidad Universal. Si el siglo pasado —siglo de liberalismo prevaricador y de apostasia popular— fué pródigo en manifestaciones prodigiosas de esta piedad maternal de la Virgen, como lo acreditan los grandes santuarios de La Salette, Lallevoisin, Pontmain, Lourdes, Pompeya, etc., hoy parece querer convertir su propia Imagen en un Santuario viviente y ambulante para darse más fácilmente a todos sus hijos —justos y pecadores—, y para intervenir mejor en las crisis morales que dañan

y corrompen a su gran familia humana esparcida por toda la tierra.

La Virgen de Fátima manifestó en sus apariciones una predilección especial por los niños. A ellos se dirigió pidiendo oraciones y sacrificios, méritos de inocencia y de expiación, por los pecados del mundo. Cuando los hijos mayores se rebelan y extravían, enconando el malestar y la perdición con sus vicios y perversiones, el buen celo de la Madre acude con doliente ansiedad a la dócil fidelidad y piadosa satisfacción de los pequeñuelos; y ellos responden a sus dulces requerimientos con heroica generosidad, porque no tienen pasiones egoístas que les obstinen en la locura del mal. Quizá por eso se efectúan en todas partes tantas consagraciones públicas y solemnes de niños y niñas de todas las razas a la Virgen de Fátima, con la ofrenda de flores y palomas, de cánticos y alabanzas, de oraciones y sacrificios, expresión preciosa de su piedad y candor angelicales, que tanto mueven y conmueven el corazón de Dios... ¿Acaso puede permitir su justicia soberana el triunfo permanente del mal contra el bien y del vicio contra la virtud? ¿Y no tiene derecho a exigirnos una digna reparación cuando la iniquidad individual y colectiva llena la copa de su indignación divina?

Pero la lección dada al mundo en Fátima a este respecto es grandemente alentadora. Podríamos formularla así: «A grandes males, remedios fáciles.» Tal parece la táctica moderna de Dios. El hombre, en cambio, se pone trágico; y, en trances semejantes, piensa en lo arduo, en lo heroico, en lo casi imposible. Y, por imposible, deja el remedio arrumbado y se entrega estoicamente al «Laiser faire» del mal que lamenta y al ataque pendenciero de los enemigos fantásticos de su paz y bienestar. Acostumbrado a proyectarse en alma y vida al exterior, fija siempre la causa de sus desdichas en la contingencia adversa de las cosas, y espera el remedio, no del esfuerzo y mejoramiento propio, sino del trabajo y sacrificio de los demás. ¡Cuánto nos pierde la apetencia desmedida, la lengua desatada y la cobardía para ser y hacer lo que exigimos al prójimo!

La Virgen de Fátima no pidió a sus «pequeñas víctimas» más que el cumplimiento y práctica de un trocito del Evangelio: penitencia y oración. Penitencia que se reduce —según sus propias aclaraciones— al fiel cumplimiento del deber, cada uno en su estado y condición de vida, como lo recomendaba el Precursor de Cristo a sus contemporáneos. ¡Qué mejores frutos de penitencia que los cosechados en la pureza austera de las propias costumbres y en el respeto a los sagrados derechos de los demás!... Y oración, que es reconocimiento noble y sencillo de nuestra dependencia de Dios y recuperación del espíritu —redimiéndolo de la materia— mediante la reflexión honda y serena de nuestros destinos eternos.

Y para ello nos dió un medio fácil y prodigioso. El Santo Rosario. Donde se reza y se vive en espíritu y en verdad, incorporando sus misterios y enseñanzas a todas

las incidencias y vicisitudes del humano vivir, el Rosario es penitencia y oración, es vínculo de amor fraternal con los hombres y de unión sobrenatural con Dios. Cuando el Rosario no es una simple y rutinaria fórmula piadosa, sino un pequeño código personal y familiar de nuestra caridad con Dios y con el prójimo, no cabe el fraude ni la mentira, ni el odio ni la calumnia, ni el robo ni la injusticia... Bastaría él sólo para remediar con bien —y con mérito de gloria— todos los mayores daños y desventuras con que nos amargamos la vida en sociedad.

«También Francisco irá al cielo, pero antes tiene que rezar muchos rosarios.» Así habló la Virgen en la primera aparición al darles a los Videntes la seguridad de su salvación eterna. Y la misma devoción recomendó insistentemente en las apariciones sucesivas para la paz del mundo, para la curación de los enfermos, para la conversión de los pecadores, ¡para remedio de todos nuestros males! Y Ella misma, la Virgen de Fátima, en su última aparición y antes de realizar aquel prodigio estupendo de «la danza del sol» ante tantos miles de espectadores de todas las creencias e ideologías, no quiso definirse de otra manera ni que el mundo la conociese con otro nombre: «SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO.» Y con ello nos lo dijo todo, porque en el Rosario está cifrada la salvación del mundo y la seguridad de su protección maternal.

¡Dichosos los pueblos que la reciben por Madre y la aclaman por Reina, y aprenden con el Rosario a ser como Ella «peregrinos del tiempo» y «misioneros de la eternidad»!

Fhahm, O. P.

Fhahm, O. P.

El mensaje de Fátima es el mensaje de Roma

En el sentido más concreto y actual. Las que su Santidad Pío XII ha calificado de sus «INTENCIONES PARTICULARES POR LO QUE TOCA AL PROXIMO AÑO SANTO» coinciden con los deseos y súplicas que el Corazón de María ha venido a presentar a los hombres de nuestros días.

«Pídase ante todo que cada uno, orando y haciendo penitencia, expíe sus propias culpas y se entregue con todo empeño a la reforma de sus propias costumbres y a la adquisición de las virtudes cristianas...» nos da por consigna el Vicario de Jesucristo en la «BULA DE INDICION DEL AÑO SANTO».

«Rogad, rogad mucho por los pecadores... rezad todos los días el Rosario por la paz del Mundo... es necesario que se enmienden, que pidan perdón de sus pecados... No ofendan más a Nuestro Señor que es ya demasiado ofendido», recomendaba la Santísima Virgen, en Fátima.

«Si se hiciese lo que os diré, muchas almas se convertirán y habrá paz... de otra suerte, una propaganda impía esparcirá por el Mundo sus errores, suscitando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchos buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias Naciones serán aniquiladas...»

«AL FIN MI CORAZON INMACULADO TRIUNFARA».

«...A FIN DE QUE ESTE GRAN JUBILEO PREPARE EL REINADO DE JESUCRISTO».

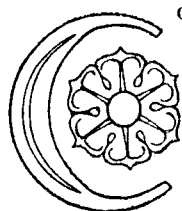
El paralelismo es completo: ya que el triunfo del Corazón Inmaculado de María, como lo expresa Pío XII en el «acto de Consagración», es precisamente el «advenimiento del Reinado del Corazón de Jesús, en el cual solamente puede encontrar el Mundo la Verdad, la Vida y la Paz».

Y nótese que esta intención tan inmensa, tan definitiva, que es el último fin de la Iglesia en el orden temporal, el Papa la llama su «INTENCION PARTICULAR», es decir, su intención PREPONDERANTE, la que defina el espíritu que ha de animarnos en el próximo Año Santo.

F. C. V.

«Ante todo esperemos de la virtud del Rosario, abundante ayuda para la extensión del Reino de Cristo»

«Esta gran parte que a la excelsa Virgen cabe en las batallas y en las victorias de la fe católica, debe levantar a todos los buenos a una gran esperanza»



CONVENIENTE es celebrar con mayor magnificencia cada día las alabanzas de la Virgen Madre de Dios, poderosa y clementísima ayuda del pueblo cristiano, e implorarla con redoblada confianza: aumenta los motivos, en efecto, de confianza y de alabanza la variada abundancia de beneficios que por ella afluyen más cada día para el bien común, y que se difunden por todas partes. A tanta benevolencia no podían faltar los actos de devoción por parte de los católicos, cuando, en estos acerbos tiempos para la religión, vemos más que nunca promovido en todo lugar un amor y un culto fervorosos a la bienaventurada Virgen.

Entre todo ello, nos es grato recordar especialmente cómo, entre las muchas formas de la piedad mariana, se vigoriza y extiende el aprecio y la práctica del Santo Rosario, este modo de orar tan excelente. Esto, decimos, nos es muy agradable, porque si hemos dedicado una parte no pequeña de nuestra solicitud a promover el Rosario, vemos con claridad cuán benignamente ha acogido nuestros deseos la implorada Reina de los Cielos; confiando que de tal manera ella nos asistirá en adelante, que suavizará las preocupaciones y males que los tiempos que se acercan han de traer consigo.

Pero, ANTE TODO, ESPERAMOS DE LA VIRTUD DEL ROSARIO ABUNDANTE AYUDA PARA AMPLIFICAR EL REINO DE CRISTO.

* * *

El misterio de la gran caridad de Cristo para con nosotros se muestra de modo especialmente claro cuando, moribundo, quiso dejar su propia Madre a su discípulo Juan como suya, en un testamento memorable: «He ahí a tu hijo.» La Iglesia ha pensado en todo momento que en Juan designó Cristo la persona de todo el género humano, y en primer lugar la de aquellos que le estarían unidos por la fe; comentando esta sentencia, dice San Anselmo de Canterbury: «¿Qué puede haber digno de

mayor estima que tú, oh, Virgen, seas la Madre de aquellos de quienes Cristo se ha dignado ser Padre y hermano?»

De este oficio singular y laborioso ella tomó sobre sí magnánimamente las obligaciones, comenzándolas a cumplir ya en el Cenáculo. Las primicias del pueblo cristiano, ya con la santidad de su ejemplo, ya con la autoridad de su consejo, ya con la suavidad de sus consuelos, ya con la eficacia de sus santas oraciones, fomentólas admirablemente; siendo con toda verdad Madre de la Iglesia y Maestra y Reina de los Apóstoles, comunicándoles algo de los oráculos divinos que «conservaba en su corazón».

Es imposible casi decir cuán amplia y poderosamente se aumentó todo esto al ser Asumpta junto a su Hijo y elevada así a lo más alto de la gloria celestial, según convenía a su dignidad y a la excelsitud de sus méritos. Porque desde allí, según el plan divino, de tal modo comenzó a cuidar de la Iglesia, y a asistirnos y protegernos como Madre, que, habiendo sido cooperadora en la realización del misterio de la humana redención, lo fuese igualmente en la distribución de las gracias que en todo tiempo nos habían de provenir del mismo, gozando de un poder casi infinito. De aquí que con toda razón las almas cristianas se sientan llevadas a María, como por cierto connatural impulso; comunicanle confiadamente sus planes y sus obras, sus tristezas y sus gozos; y confían filialmente a su bondad y cuidado sus personas y todas sus cosas. De aquí que con toda justicia se le tributen, en toda nación y rito, grandes alabanzas, que aumentan con el sufragio de los siglos; entre muchas, las de «Señora nuestra», «Mediadora nuestra», «Reparadora de todo el orbe», «Dispensadora de los dones de Dios».

Y toda vez que el principio y fundamento de los dones divinos, por los cuales el hombre se eleva sobre el orden natural para poder participar de los bienes eternos, es la fe, para poder adquirir y fomentarla debidamente, con razón se ensalza la oculta acción de aquella que dió al mundo al «Autor de la fe» y que por su fe mereció ser



saludada como bienaventurada: «Nadie, oh, Santísima, se llena del conocimiento de Dios si no por ti; nadie que se salve sin ti, oh, Madre de Dios; nadie que consiga el don de la misericordia, si no por ti.» Ni exagerará quien afirme que fué ante todo por su providencia y auxilio que la sabiduría y las costumbres evangélicas alcanzaran tan rápida difusión a todas las naciones entre tan enormes asperezas y obstáculos, introduciendo por doquier un orden nuevo de justicia y de paz. Lo cual movía el espíritu de San Cirilo de Alejandría y su oración, cuando se dirige a la Virgen diciendo: «Por ti los Apóstoles predicaron la salvación a las naciones...; por ti la Cruz preciosa es venerada y adorada en todo el orbe...; por ti son ahuyentados los demonios, y el hombre es llamado de nuevo al Cielo; por ti, toda criatura que está retenida aún en el error de los ídolos se convierte al conocimiento de la verdad; por ti alcanzaron los fieles el bautismo, y se han fundado Iglesias en todas las Naciones.»

Muchos y asaz conocidos son los hechos, a veces milagrosos, que demuestran lo que hemos dicho. En todo lugar o tiempo en que era muy de temer que la fe o languideciera por la tibieza, o sufriría la prueba de la peste fatídica del error, siempre se mostró presente la benignidad de la gran Virgen, para socorrernos. Movidos y sostenidos por ella, aparecieron varones preclaros por su santidad y espíritu apostólico, que resistieron a los asaltos de los malos, y condujeron a los ánimos a la piedad de una vida cristiana, inflamándolos en esta piedad. Uno entre muchos, Santo Domingo de Guzmán, trabajó con éxito en ambas cosas, confiado en el Rosario. Nadie pondrá en duda cuánto redundan en la Madre de Dios los méritos de los venerables Padres y Doctores de la Iglesia, que tan egregiamente consiguieron defender e ilustrar la verdad católica. Todos ellos confiesan agradecidos que de ella, «sede de la Sabiduría», les provino abundancia de sabias razones, y que por ella, no por sí mismos, fué vencida la perversidad del error. Finalmente, tanto los Príncipes cristianos como los Romanos Pontífices, ya para emprender una guerra santa los primeros, ya, los segundos, para dictar sus decretos, imploraron el nombre de nuestra divina Madre, sin que nunca dejasen de sentirlo poderoso y propicio. Por lo cual, con no menos verdad que belleza, la Iglesia y los Padres dan gracias a María: «Ave, boca de los Apóstoles que nunca calla, sustentáculo estable de la Fe, muralla incommovible de la Iglesia; Ave, por quien hemos sido contados entre los ciudadanos de la Iglesia una, santa, católica y apostólica; Ave, fuente que mana divinamente, de la que brotan los ríos de la sabiduría divina y con sus límpidas aguas de ortodoxia arrastran el ejército de los errores; Gózate tú, que por ti sola has destruído en el mundo todas las herejías.»

Esta gran parte que a la excelsa Virgen cupo y le sigue cabiendo en el avance, en las batallas y en las victorias de la fe católica, pone más de manifiesto *los planes de*

la Divina Providencia respecto a ella, y debe levantar a todos los buenos a una gran esperanza: que las naciones cristianas tengan todas un mismo pensar y la fuerza de una perfecta caridad una sus voluntades.

¡Hay que confiar en María, hay que suplicar a María! ¿Qué no podrá hacer ella para la consecución de esta nueva y deseada honra para la religión: que las naciones cristianas, por la profesión de una misma fe, tengan todas un mismo pensar, y que estén unidas de voluntad por la fuerza de una misma caridad? ¿No querrá convertir en realidad, por ventura, el que las naciones —cuya unidad perfecta tan intensamente rogó su Unigénito al Padre, llamándoles, por un solo bautismo, a participar de una misma *herencia de salud*, a tan alto precio conseguida— avancen todas, unánimemente, hacia su *admirable luz*? ¿No va a querer ella desplegar toda su bondad y providencia ya para que la Iglesia, Esposa de Cristo, pueda descansar de sus constantes trabajos, ya para llevar a complemento el bien de la unidad en la familia cristiana, fruto insigne de su *maternidad*?

Parecen confirmar los auspicios de que no tardará mucho en realizarse ello, la opinión y confianza que está caldeando los ánimos de los fieles de que María, ante todo, ha de ser el vínculo dichoso; su firme y suave fuerza venga a formar con todos aquellos, sean los que sean y estén donde estén, que aman a Cristo, un solo pueblo fiel a su Vicario en la tierra, el Romano Pontífice, como a su Padre común.

Al pensar esto, la mente se remonta por los fastos de la Iglesia a aquellos nobilísimos ejemplos de la Unidad primera, deteniéndose gustosamente en el gran Concilio de Efeso. La profesión de una misma fe que unía por aquel entonces a Oriente y Occidente pareció afirmarse con vigor singular y resplandecer con gloria más pura cuando los Padres del Concilio sancionaron como dogma que *María es Madre de Dios*. La noticia, al divulgarse desde tan religiosa ciudad, que exultaba por ello, llenó a todo el orbe cristiano de una misma y extraordinaria alegría.

Por tantas causas, se alimenta y crece la confianza de que la potente y benignísima Virgen nos concederá lo que esperamos, y crecen los estímulos a esforzarnos en persuadir a los católicos que la invoquen para ello. Piensen en su fuero interno cuán bello y provechoso para ellos, y cuán acepto y agradable ha de ser para la misma Virgen. Porque, siendo como son partícipes de la unidad de la fe, declaran el gran aprecio en que tienen este beneficio, y su decisión de custodiarlo santamente. Ni encuentran mejor manera de probar a los disidentes su fraternal afecto que procurando con todo empeño que ellos recuperen este bien inapreciable.

Porque este cristiano amor fraterno hacia los separados, que palpita en todas las páginas de la historia de la Iglesia, siempre ha buscado su fundamento y su vigor



en la Madre de Dios, como la mejor artífice de la paz y de la unidad.

Con estas palabras la imploraba San Germán de Constantinopla: «Acuérdate de los cristianos que son tus siervos; recomienda las preces de todos, ayúdales en sus esperanzas; consolida la fe, unifica a las Iglesias.» También es de los Griegos esta súplica: «Oh, Purísima, a quien ha sido dado acercarte a tu Hijo sin temor de ser rechazada; ruégale, oh, Santísima, que conceda la paz al mundo, e infunda a las Iglesias un mismo pensar; de suerte que todos le alabemos por ello.»

Hay una nueva causa que viene a añadirse a lo dicho, para que María nos atienda con mayor indulgencia, cuando le pedimos el perdón de las naciones disidentes: los grandes méritos que tienen para con ella, sobre todo las orientales. Mucho se les debe, en efecto, de la propagación y consolidación de su culto; hubo entre ellos notables expositores y defensores de su dignidad, gravísimos por su autoridad y escritos; panegiristas insignes por el ardor y suavidad de sus sermones; emperatrices muy queridas de Dios, por haber imitado la integérrima Virgen, honrándola con su munificencia, levantando en su honor templos y basílicas en las que se le tributase un culto verdaderamente real. Nos place añadir aún algo que no es ajeno a lo que tratamos y es glorioso para la Santa Madre de Dios. Nadie ignora que augustas imágenes suyas, en diversas circunstancias de tiempo, fueron traídas a Occidente en gran número, especialmente a Italia y a Roma, y que nuestros antepasados las recibieron con extraordinaria religiosidad y las honraron con magnificencia, y sus hijos, con émula piedad, las siguen teniendo como muy venerables. En este hecho, el espíritu se siente llevado a reconocer una como señal y gracia de tan celosa Madre. Parece, en efecto, que aquellas imágenes permanecen entre nosotros como testimonio de aquellos tiempos en que la familia cristiana en todas partes conservaba una completa unidad, y como prenda querida de la común herencia; su vista, como si la Virgen misma nos advirtiese, parece invitar a los ánimos al recuerdo piadoso de aquellos que la Iglesia Católica llama de nuevo amantísimamente a la primitiva concordia y alegría de su abrazo.

Así, LA OBRA DE LA UNIDAD CRISTIANA HA RECIBIDO DE DIOS UN APOYO EFICACÍSIMO EN MARÍA. Y ya que no existe una forma especial de plegaria para obtenerlo, creemos que el Santo Rosario es la forma mejor y más fructífera de obtenerlo. Siendo María la mejor de todas las Madres, no puede por menos de enternecerse profundamente y sentirse movida a compasión por los hombres que conmemoran sus misterios. Por ello Nos decimos que la práctica del Rosario será un medio excelente para alcanzar su misericordia en favor de los cismáticos, ya que esta

oración se relaciona íntimamente con su misión de Madre. María no ha podido concebir sino en una misma fe y en un mismo amor a aquellos que son de Cristo: pues, «¿acaso Cristo está dividido?» Todos debemos vivir la vida de Cristo para que «fructifiquemos en Dios», formando parte de un solo y mismo Cuerpo.

Todos cuantos, por funestas circunstancias, se han separado de esta unidad merecen que esta misma Madre, que ha recibido el don de dar a luz continuamente una santa descendencia, los alumbre de nuevo de alguna manera en Cristo. Esto es algo sin duda que ella desea vehementemente; y por las coronas de oraciones que nosotros le ofrecemos, les obtendrá sin duda abundantemente los auxilios del *Espíritu vivificante*. Los cuales ojalá no resistan a la voluntad de tan misericordiosa Madre que quiere socorrerles, y, preocupándose de su salvación, la oigan con buena voluntad que suavísimamente les llama: «Hijos míos, que estoy dando a luz de nuevo hasta tanto se forme Cristo en vosotros.»

* * *

Nuestra exhortación concluye ya por donde había empezado. ¡Ea! Que los Pastores y los rebaños todos recurran con plena confianza a la protección de la gran Virgen. No dejen de suplicarla y rogarla, pública y privadamente, con sus oraciones, alabanzas y votos, invocándola todos a una, como Madre que es de Dios y nuestra: «*Monstra te esse Matrem!*», muestra que eres Madre. Que su maternal clemencia conserve libre de todo peligro a toda su familia, la lleve a una prosperidad digna de tal nombre, y, sobre todo, la fundamente en una santa unidad. Que ella mire con benevolencia a todos los católicos de todas las naciones; y unidos entre sí por los lazos de la caridad, les haga más prontos y más constantes en sostener el honor de la religión, en lo que se contienen a la vez los mayores bienes de la sociedad civil.

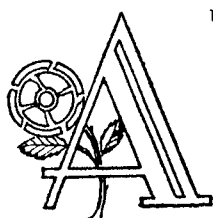
Que vuelva los ojos compasiva hacia los disidentes, naciones poderosas e ilustres; que levante en ellos saludables deseos; que, levantados, los conserve, y conservados los lleve a perfección. Para los separados del Oriente, que les valga la piedad tan efusiva que le profesan, así como los numerosos y notables hechos que sus mayores realizaron en su gloria. Para los separados de Occidente, que les valga el recuerdo de su beneficentísimo patrocinio, por el cual ella aprobó y recompensó la piedad, eximia durante largo tiempo, que tuvieron hacia ella todos los órdenes de la sociedad.

A unos y a otros, y en general a todos, dondequiera que habiten, que les sirva de ayuda la voz de todos los pueblos católicos, y la nuestra, que clama, desde lo más profundo del corazón: «*Monstra te esse Matrem!*», Muestra que eres Madre.



«Vean pues todos cuán grandes provechos deben esperarse del fecundo poder del Rosario..., no sólo para los individuos sino incluso para las naciones. Esta esperanza brilla ya para Nos»

«Queremos ocuparnos hoy de algunos bienes que pueden obtenerse del Rosario, en gran manera acomodados a la condición actual de los hombres y de los tiempos»



QUE ESPERAMOS.

UNQUE existe un crecido número de causas que relajan los vínculos de la disciplina pública y apartan al pueblo de la justa honestidad de costumbres, tres nos aparecen en primer lugar como funestísimas para el bien común; y son: EL DISGUSTO DE UNA VIDA MODESTA Y ACTIVA; EL HORROR AL SUFRIMIENTO, Y EL OLVIDO DE LOS BIENES FUTUROS

* * *

Nos lamentamos —y la reconocen y la deploran también aquellos mismos que todo lo examinan bajo una luz y utilidad puramente naturales— la grave llaga de la sociedad humana, que se ve aquejada del hecho de que SON OLVIDADOS LOS DEBERES Y VIRTUDES QUE CONSTITUYEN EL ORNATO DE UNA VIDA MODESTA Y OSCURA. Pues de ello se sigue en la comunidad doméstica el que los hijos menosprecien criminalmente la obediencia debida por ley natural, indóciles a toda disciplina, como no sea suave y placentera. De ahí se sigue, también, que los obreros abandonen su trabajo, rehuyan los esfuerzos y, no contentos con su suerte, ambicionen elevarse persiguiendo una quimérica igualación de fortunas. Análogos afanes de muchos otros les llevan a abandonar los campos donde nacieron, para correr tras el murmullo de las ciudades con sus alocadas seducciones. De donde nace ese desequilibrio completo entre las clases sociales; el que todo esté inseguro; el que los ánimos se vean atormentados por la envidia y la rivalidad; el que el derecho sea abier-

tamente conculcado; y que aquellos, finalmente, que se ven defraudados en sus esperanzas, atenten contra la paz pública con la sedición y los tumultos y se resistan a quienes tienen por oficio el velar por ella.

PARA TODOS ESTOS MALES DÉBESE BUSCAR EL REMEDIO EN EL ROSARIO MARIANO; el cual consiste, a la vez, en un determinado orden de oraciones y en la piadosa meditación de los Misterios de Cristo, Nuestro Salvador, y de su Madre Santísima. A saber, que sean explicados con atención y al pueblo los *Misterios de Gozo*, y que a modo de cuadros e imágenes de las virtudes sean desplegados ante los ojos de los hombres, y verá cualquiera cuán grande y asequible abundancia de enseñanzas se ofrecen para ordenar la vida honestamente, con admirable suavidad que atrae los corazones.

Preséntase ante los ojos del espíritu la santa casa de Nazareth, aquella terrena y celestial morada de santidad. ¡Qué modelo tan grande, en ella, de la vida ordinaria! ¡Qué ejemplar enteramente perfecto de la sociedad doméstica! Allí residen la sencillez y pureza de las costumbres, el acuerdo constante y perfecto de los pareceres. No hay alteración del orden. Reina el mutuo respeto, y, en una palabra, el amor, mas no un amor fingido y engañoso, sino aquel que alcanza su perfección con el cumplimiento constante de los deberes, o que cautiva las miradas de los que lo penetran. Dase allí y, ¿por qué no?, el esfuerzo para hacerse con lo necesario para el sustento y el vestido; mas ello es *in sudore vultus*, con el sudor de la frente, y como en quienes, contentos con lo poco que poseen, diríase mejor que trabajan para no ser pobres,



que para ser ricos. Y como coronamiento de todo lo dicho, la perfecta tranquilidad de ánimo, al propio tiempo que la alegría del corazón, inseparables compañeras de la conciencia del que obra bien.

Los ejemplos de cuyas virtudes, esto es de la modestia y sumisión más extremadas, de la resignación a los trabajos y la benevolencia para con el prójimo y el celo por cumplir los pequeños deberes de la vida cotidiana, y, en una palabra, de todos los demás ejemplos, tan pronto como se vayan empezando a conocer, se insinuarán, insensible y poderosamente, en los corazones, e, insensiblemente también, iráse produciendo el deseado cambio en las intenciones y en las costumbres. Entonces verá cada uno en sus ocupaciones y deberes, no cosas despreciables ni enojosas, antes gratas y deleitables; y, perfumada por una cierta alegría, la conciencia del deber redoblará las fuerzas para obrar rectamente. Con ello las costumbres se suavizarán en todos los aspectos; la convivencia familiar discurrirá entre el amor mutuo y la felicidad; el trato con el prójimo será mucho más respetuoso y caritativo. Hechos éstos que, si se amplían desde el individuo a la familia, a las ciudades y a los pueblos enteros, de manera que estas maneras informen la vida, fácil es advertir el gran beneficio que de ello se seguirá para los Estados.

* * *

Otro mal, en extremo funestísimo, que Nos jamás deploraremos bastante, por cuanto de día en día va cundiendo y haciendo peores los corazones, es esa TENDENCIA A RECHAZAR EL DOLOR Y A APARTAR DE SÍ CON VIOLENCIA TODO LO QUE SEA ADVERSO O DIFÍCIL, pues la inmensa mayoría de los hombres no consideran ya, como ha de ser, la tranquila libertad de las almas como el premio que se ofrece a los que han cumplido con su deber de practicar la virtud sin decaer ante los peligros ni trabajos; antes, al contrario, piensan en cierta perfección imaginaria de la vida terrena, de la cual, removido todo objeto desagradable, sueñan sea la reunión conjunta de todos los placeres de esta vida. Mas el resultado de tan ardiente y desenfrenada pasión de vivir felizmente es, en contraste, la debilidad de las almas; las cuales, si no degeneran del todo, cierto es, sin embargo, que se enervan, hasta el punto de dejarse abatir sin fuerzas ante los males de la vida y sucumbir miserablemente.

TAMBIÉN, FRENTE A ESTE GRAVE PELIGRO, ES PERMITIDO, CIERTAMENTE, ESPERAR DEL ROSARIO MARIANO EL MEDIO MÁS EFICAZ PARA ROBUSTECER LAS ALMAS (tan grande es el poder del ejemplo), si desde la tierna infancia y en adelante se tienen presentes, en callada y suave contemplación, los misterios que se ha dado en llamar *dolorosos*. Vemos

en ellos que Cristo, *autor y consumidor de nuestra Santa Fe, empezó por obrar y enseñar*, a fin de que buscásemos en El los ejemplos de aquellas cosas que había enseñado a nuestro linaje acerca de la resignación ante los trabajos y sufrimientos, y de tal modo, en efecto, que las cosas más difíciles de soportar El mismo las aceptó de todo corazón. Vémosle abrumado de tristeza, hasta manar de todos sus miembros sangre en vez de sudor. Vémosle impedido por las ligaduras, como los ladrones; le vemos sometido al juicio de hombres perversos; objeto de los mayores ultrajes, acusado falsamente de delitos. Le vemos azotado con látigos; coronado de espinas; clavado en cruz, considerado como indigno de vivir por más tiempo y merecedor de la muerte entre el vociferar de la turba.

En esto, volvemos la mirada al dolor de su Madre Santísima, cuya *alma* no sólo hirió *la espada del dolor*, sino que la traspasó, de manera que pudiese ser llamada y fuese, en realidad, Madre de los Dolores.

Para el que repase con frecuente meditación, y no sólo con los sentidos corporales, tan inmensos ejemplos, ¡cómo se enardecerá su ánimo en el deseo de imitarlos!

Que sea para él maldita la tierra y produzca espinas y abrojos, que su alma se vea oprimida por las adversidades, que su cuerpo sea azotado por la enfermedad; no habrá mal alguno que le llegare, ya sea por el odio de los hombres, o por la cólera de los demonios; no habrá una sola calamidad que sobrevenga, pública ni privada, a las cuales no se sobreponga con resignación.

De ahí aquel aforismo tan justificado, *obrar y sufrir mucho es propio de los cristianos*; el cristiano en efecto, el que con justicia merece el nombre de tal, no puede en manera alguna dejar de andar tras las huellas de Cristo paciente. Y nótese que empleamos la palabra paciente, y no nos referimos a aquella vana ostentación del ánimo que se endurece ante el dolor, como la que mostraron algunos filósofos antiguos, sino la que, tomando ejemplo de Aquel que, *pudiendo elegir el goce, cargó con la cruz, despreciando la confusión*, solicita de El los necesarios auxilios de la gracia y no rechaza prueba alguna, antes, al contrario, las desea, y considera los sufrimientos, por grandes que sean, como un galardón. El nombre católico ha tenido y tiene hoy, en todas partes y entre los hombres y mujeres de todas las condiciones, muchos discípulos preclarísimos que viven esta doctrina, los cuales siguiendo las huellas de Cristo, Nuestro Señor, sufrirían toda clase de injurias y aflicciones por la virtud y por la religión, haciendo suyas, más en realidad que de palabra, aquellas palabras del Dídimos: *Vayamos y muramos también nosotros con El*. ¡Que los ejemplos de esta admirable constancia se multipliquen cada vez más, y la fuerza de



los Estados y la gloria de la Iglesia crecerán incesantemente!

* * *

LA TERCERA FUENTE DE MALES, A LA QUE HAY QUE HALLAR REMEDIO, SE MUESTRA POR ENCIMA DE TODA OTRA EN LOS HOMBRES DE NUESTRA ÉPOCA. Pues, si los hombres de tiempos anteriores amaban, en efecto, los bienes terrenos, no desdaban, sin embargo, del todo, los celestiales; aquellos mismos que fueron los más sabios de entre los paganos enseñaron que la vida presente se nos ha dado como pasajero hospedaje, no como mansión permanente; como lugar de detención momentánea, no como lugar de morada. Los hombres de ahora, en cambio, aunque educados en la ley cristiana, de tal manera por lo común persiguen los bienes pasajeros de esta vida, que no sólo se les aparta la memoria de que existe una patria mejor en la bienaventuranza, sino que es como si quisieran ahogarla y borrarla del todo a fuerza de iniquidades; haciendo caso omiso de lo que advirtió San Pablo; «No tenemos acá nuestra patria permanente, sino que buscamos la verdadera.» De cuya realidad, cuando se exploran las causas, hállase uno con que ello ocurre principalmente porque muchos se persuaden de que el amor de la patria terrena es incompatible con el pensamiento de los bienes futuros y destruye la prosperidad del Estado: siendo así que nada hay más odioso ni más inexacto que esta idea, pues la naturaleza de las cosas que se esperan no es tal que absorba los ánimos de los hombres hasta apartarles totalmente de los bienes actuales. Cuando Cristo nos mandó buscar el Reino de Dios, puso este objetivo en primer lugar, mas no para que abandonásemos lo demás, pues nada hay en el uso de los bienes temporales y en los goces honestos que de aquél dimanen que no convenga a los seres dotados de razón, nada que se oponga a los designios de la Providencia, cuando sirven de ayuda para fomentar las virtudes, o para premiarlas, así como cuando, como el esplendor y la civilización de la patria terrena, con que se adorna magníficamente la sociedad de los mortales, imita el esplendor y perfección de la patria celestial. Ya que Dios es autor, a la vez, de la naturaleza y de la gracia, no de suerte que una de ellas sea obstáculo para la otra y se combatan entre sí, sino de tal suerte que hermanadas ambas por cierto pacto de alianza, marchen juntas, a fin de que, en efecto, siendo ambas nuestras orientadoras, alcancemos algún día, como por un camino más llano, la felicidad inmortal para la que hemos nacido.

Mas los hombres entregados únicamente al placer, que dedican de un modo miserable todos sus pensamientos a las cosas percederas, de tal suerte que no pueden elevar-

los ya, no buscan los bienes eternos más bien que los bienes sensibles de que gozan, caídos en una condición abyecta, y pierden incluso la idea misma de la eternidad, pues el Divino Espiritu no puede castigar al hombre con ninguna pena mayor que permitiendo que, olvidado de los bienes eternos, no persiga en toda su vida otra cosa que los incentivos del placer.

A CUYO PELIGRO, SIN EMBARGO, ESCAPARÁ CIERTAMENTE AQUEL QUE, PROFESANDO LA DEVOCIÓN DEL SANTO ROSARIO, REPASE CON ATENCIÓN, RECORDÁNDOLAS A MENUDO, LAS COSAS QUE SE EXPONEN EN LOS *Misterios Gloriosos*. Misterios éstos, en efecto, en los que se difunde una clarísima luz para la mente del cristiano, para que adivine los bienes que, aunque escapan a los ojos que los quieren contemplar, sabemos, sin embargo, con fe cierta, que Dios tiene preparados *para los que le aman*. Por ellos somos instruidos de que la muerte no es término que lo arrebatara y destruyera todo, sino tránsito y cambio de vida. En ellos se nos enseña que está abierto para todos el camino del cielo; y cuando vemos a Cristo *marchar* allá, nos acordamos de su feliz promesa: *Voy a prepararos un lugar*. Se nos enseña que *llegará un día en que Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos, y no volverá a haber ni luto, ni llanto, ni dolor, sino que siempre estaremos con Dios, semejantes a Dios porque le veremos tal como es*, gozando del torrente de sus delicias, conciudadanos de los Santos, en felicísima comunión con la gran Reina y Madre. Para el que medita tales cosas es inevitable que se le inflame el ánimo y que repita entonces aquello de aquel varón excelso por su santidad: *¡Cómo me repugna la tierra cuando miro al cielo!* Entonces participará del consuelo de saber que *«una tribulación momentánea y ligera nos conquista una eternidad de gloria»*.

Este es, en efecto, el único lazo con que se pueda unir bien el tiempo presente con la eternidad; sólo con él se forman espíritus valerosos y excelsos. Los cuales, ciertamente, si fueren en gran número, darán estable consistencia a la dignidad y grandeza del Estado; florecerán todas las cosas verdaderas, buenas y bellas, según aquel eterno modelo que es sumo principio y fuente perenne de toda verdad, bondad y belleza.

Vean, pues, todos cuán grandes provechos deben esperarse del fecundo poder del Rosario y CUÁN MARAVILLOSAMENTE APTO ES PARA CURAR LOS MALES DE NUESTRO TIEMPO E IMPEDIRLOS AUN PEORES PARA NUESTRA CIVILIZACIÓN.

ESTA ESPERANZA BRILLA YA PARA NOS, ella Nos anima, en ella Nos recreamos en gran manera en medio de tantos sufrimientos; de María, dadora y maestra del Rosario, HAY QUE ESPERAR QUE, POR EL MISMO, LLEGUEN A PLENO CUMPLIMIENTO.





Por la definición dogmática de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos.

En este número extraordinario de Agosto, era indicado dedicar atención preferente al Misterio de la Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma a los cielos, cuya definición dogmática anhela el pueblo cristiano. El breve fragmento que reproducimos de una obra del P. JOSÉ M.^a BOVER, S. J., nos permite enlazarlo con otros movimientos e ideas actuales, tendentes todos a recabar la protección de nuestra Reina Madre, para que venga a nos el Reino de su divino Hijo, con aquella verdadera paz que es propia tan sólo de este Reino.

TRES RAZONES QUE APOYAN EL DESEO DEL PUEBLO CRISTIANO

**La Maternidad espiritual de María. - Su Realeza sobre cielos y tierra.
La devoción a su Corazón Inmaculado**

Por el P. JOSÉ M.^a BOVER, S. J.

EN la maternidad espiritual de María respecto de la universalidad de los hombres, suelen distinguirse tres como estadios: su iniciación en el momento de la encarnación del Hijo de Dios, su ratificación junto a la luz del Redentor, su incesante actuación en los cielos. Los dos primeros son como las dos fases de la generación maternal: la concepción y el alumbramiento; el tercero es el desempeño de los oficios maternos en orden a la formación o educación de los hijos de Dios.

Esta espiritual maternidad debe concebirse en función del Cuerpo místico de Cristo. María, Madre de la divina Cabeza es también Madre de los miembros humanos. Conforme a esto, Pío XII llama repentinamente a María, «Madre de todos los que son miembros de Cristo». Así concebida la maternidad espiritual es como una extensión o prolongación de la divina maternidad.

El fruto integral de esta maternidad está predestinado a la glorificación bienaventurada, y particularmente a la resurrección de la carne. En este sentido, San Pablo y el Apocalipsis llaman a Cristo «Primogénito de entre los muertos» (Col., I, 18; Ap., I, 5). Como resucitó el Primogénito, así han de resucitar todos los demás hermanos. Pero no todos de igual manera. San Pablo señala dos órdenes o categorías en la resurrección: «Las primicias, Cristo; luego los que son de Cristo, en su advenimiento» (I, Cor., 15, 23), que será como la gran cosecha o recolección reservada al fin de los tiempos. Mas, al fin, también ellos resucitarán, «para que El sea primogénito entre muchos hermanos» (Rom., 8, 29), en el tiempo y en la eternidad.

En consecuencia, la resurrección de la carne está vinculada a la maternidad espiritual. Un punto queda por dilucidar, el que ahora más nos interesa: ¿la Madre del Cuerpo místico, a qué categoría pertenece? ¿A la Cabeza o a la de los restantes miembros?

Ante todo, si María es la Madre y los demás hombres son los hijos, es obvio y natural que a los hijos preceda la Madre. En toda familia bien organizada, la madre tiene preferencia y prioridad sobre los hijos.

Además, la maternidad espiritual es una como prolongación de la divina maternidad y coincide realmente con

la corredención. Es, pues, lógico que goce de los privilegios antes señalados, propios de la Madre de Dios y Corredentora de los hombres.

Pero, viniendo al particular, es esencialmente diferente la posición de la Madre y de los hijos en orden a la plena formación del Cuerpo Místico de Cristo, al cual está vinculada la resurrección. Los hijos, como miembros del Cuerpo místico, se van formando paulatina y gradualmente, hasta que, como dice San Pablo, «lleguemos todos juntos... a la madurez del varón perfecto, a un desarrollo orgánico proporcionado a la plenitud de Cristo» (Ef., 4, 13). Por esto, la resurrección general de la carne, siendo el último estadio en la progresiva formación del Cuerpo místico, está reservada al tiempo en que el Cuerpo entero y todos sus miembros hayan alcanzado la plenitud previamente fijada por Dios. Pero esta ley de los miembros, que poco a poco se va formando, no rige para la Madre, cuya plena madurez antecede a la generación y lenta formación de los hijos. Así es en toda familia, en que antes de su constitución definitiva existe ya la madre con la integridad y plenitud de sus derechos. Por esto la resurrección de la Madre del Cuerpo místico no solamente no necesita el aplazamiento de la resurrección propio de los hijos, antes, al contrario, exige positivamente la prioridad o antelación. También, por consiguiente, la maternidad espiritual es para María un título de resurrección anticipada. La madre antes que los hijos.

Tres motivos reclaman la Asunción corporal de María para que con toda verdad pueda ser apellidada Reina de los cielos. Tales son: la preferencia que se merece la Reina sobre los vasallos, la personalidad misma de la Reina, la analogía con Cristo Rey.

Primeramente, es muy conforme a razón que en el reino de Dios, como en todo reino, tenga la Reina derechos y preeminencias que no tienen los simples vasallos. Y siendo ya derecho general, común a todos los vasallos, la resurrección de la carne, es lógico que en la misma resurrección goce la Reina de alguna ventaja que no alcanza a los simples vasallos. Y esta ventaja no puede ser otra que la prioridad o antelación en la resurrección. Y urge más esta razón, cuando sabemos que algunos santos

resucitaron ya el día de la resurrección de Cristo (Mt., 27, 52-53). Y sería indigno que la Reina se viera privada de las ventajas otorgadas a algunos vasallos.

Pero hay otra razón más profunda y urgente, por la cual la realeza de María reclama la Asunción corporal. La soberanía regia, como dignidad suprema, sólo puede recaer dignamente en una persona plena e íntegramente constituida. Ahora bien, si la Asunción corporal, separada el alma del cuerpo, disgregados los elementos constitutivos de la personalidad humana integral, la persona de María quedaría incompleta, deficiente; sujeto impropio e inadecuado para sostener la dignidad soberana de Reina universal. Entre los hombres, la dignidad regia sólo se otorga plenamente a la persona humana llegada a la conveniente madurez y perfección; ¿podemos concebir de otra manera la realeza soberana de María? ¿Es concebible el excelso señorío de la Reina celeste sobre ángeles y hombres, cuando su misma persona, disgregada e incompleta, está todavía por constituirse plenamente?

A la misma conclusión nos lleva la analogía entre la realeza de María y la realeza de Cristo. La Santa Iglesia en la fiesta de la Resurrección, saluda conmovida al divino resucitado apellidándole «Victor Rex», Rey triunfador de la muerte. Sería deficiente la realeza de Cristo sin la plena victoria sobre la muerte, sin la gloria triunfal de la resurrección. Guardada la debida proporción, también la realeza de María sería muy menguada si no pudiéramos aclamarla como Reina vencedora de la muerte por la resurrección anticipada. Además, si se investiga profundamente la naturaleza íntima de la realeza de María se halla que una misma es la realeza del Rey y de la Reina: propia innata y original en el Rey; derivada por extensión o participación, en la Reina. Y en este supuesto, esta única y solidaria realeza pide para la Reina, lo mismo que para el Rey, las primicias de la resurrección. La solidaridad en la realeza reclama la solidaridad en la resurrección privilegiadamente anticipada.

Sin la Asunción corporal, la devoción al Inmaculado Corazón de María, que con las manifestaciones de Fátima y la nueva fiesta de la Iglesia Universal ha entrado en una nueva fase, carecería propiamente de objeto adecuado. El objeto de esta amable devoción es el Corazón de María, como símbolo de su amor maternal y corre-

dentivo para con los hombres. Pero sin la Asunción corporal, ¿qué sería el Corazón de la Madre de Dios? ¿Y esas cenizas frías, y tal vez dispersas, podrían ser el Corazón viviente y palpitante, que con sus ardores y sus latidos nos mostrase el inefable amor con que María nos ama? Que no es el objeto integral y característico de esta devoción el sólo amor de María: es también su Corazón de carne; que, si ahora viviese y palpitase dentro de su pecho maternal, se convertiría para nosotros en una pura metáfora, no muy apropiada para enardecer el fervor de nuestra devoción. Por tanto, también la devoción al Corazón de María, que la sienten los fieles, postula necesariamente la Asunción corporal de María a los cielos.

El principio de analogía, tantas veces aducido, corrobora eficazmente estas razones.

La devoción al Corazón de María ha nacido en la Iglesia y se ha organizado por analogía con la devoción al Corazón de Jesús. Análogas son las devociones y análogos igualmente sus propios objetos. Ahora bien, lo peculiar y característico del Corazón de Jesús, como objeto propio de la devoción, es el simbolismo natural del corazón, que, por ser algo sensible, ofrece la inapreciable ventaja de sensibilizar y hacer más asequible y santamente contagioso el amor invisible del Salvador. Así lo canta la Iglesia:

Quiso Amor fueras llagado
con una herida patente,
para que el amor latente
pudiera ser venerado.

El amor de Cristo había de entrarnos por los ojos, simbolizado en el Corazón de carne, para que impresionase más vivamente, inflamase y conquistase todo el amor de nuestro corazón carnal.

Lo mismo proporcionalmente debe decirse del Corazón de María. Para que pueda ser el símbolo sensible de su amor maternal y corredentivo, ha de ser para nosotros un Corazón de carne viviente y palpitante, que lata al unisono del nuestro, que sienta nuestras emociones, que dulcemente se estremezca con las muestras de nuestro cariño filial, que se compadezca de nuestras miserias y desgracias. Y este Corazón sería una ficción sin la verdad de la Asunción corporal.

(Fragmentos de la obra «La Asunción de María»)



Lo quart Misteri de Gloria, es la Assumpció de Maria Santissima en Cos, y Anima en lo Cel.

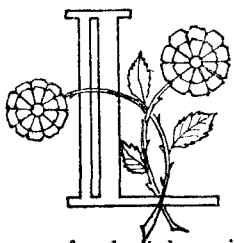
HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

Con motivo de la proximidad del Año Santo, han surgido en las distintas naciones movimientos dirigidos a preparar el espíritu del pueblo cristiano para que su celebración contribuya a un despertar profundo del espíritu sobrenatural.

Damos a conocer a nuestros lectores el llamamiento de los Prelados franceses por el Año Mariano de 1949 en el espíritu de confianza en la maternidad espiritual de la Santísima Virgen y el movimiento internacional «Pro Regalitate Mariae», temas ambos en estrecha relación con el deseo del pueblo cristiano de ver definido como dogma de fe la Asunción corporal de María a los cielos. (Véase pág. 356: «Tres razones que apoyan el deseo del pueblo cristiano», por el P. Bover, S. J.).

ANNÉE MARIALE

Un appel des Cardinaux et Archevêques de France



Le Souverain Pontife, en chef vigilant et en Père très aimant, ne cesse, au milieu des périls de la conjoncture présente, de rappeler avec force les Vérités éternelles qui fondent la paix du monde et les conditions d'un ordre humain établi sur la justice et la fraternité des peuples.

En même temps, à maintes reprises. Sa Sainteté le Pape Pie XII nous a conviés à nous tourner, avec une intense confiance, vers notre Mère du Ciel pour obtenir son secours et sa protection dans le temps troublé que nous traversons.

Une année Mariale

Dociles à l'appel du Saint-Père nous venons aujourd'hui, nos Très chers Frères, vous confier notre intention de faire de l'année 1949 une année mariale qui disposera les âmes au grand Jubilé annoncé par le Pape à toute la chrétienté pour 1950.

UN PROGRAMME DOCTRINAL

Un thème central, proposé à nos méditations et à nos efforts, sera l'approfondissement d'une doctrine, belle entre toutes: la Maternité spirituelle de la Très Sainte Vierge envers les hommes.

Trop de chrétiens ne savent pas encore, du moins d'une foi éclairée et pratique, en quel sens profondément vrai la Vierge Marie est leur Mère depuis le jour où Notre-Seigneur Jésus-Christ, unique Médiateur, dans l'acte suprême de son sacrifice rédempteur, nous a donné sa Mère pour qu'Elle devienne la nôtre.

Nous demandons aux hommes de doctrine de mettre en lumière dans nos revues théologiques, au cours de cette année prochaine, ce thème fondamental de la vie spirituelle, afin que les âmes des fidèles s'ouvrent à la grâce que leur obtiendra la Vierge Marie pour former en elles son Fils

Jésus et les faire vivre de la vie du Christ.

UN PROGRAMME D'ACTION

Dans le rayonnement de la Maternité de Marie, Nous proposons à votre action individuelle, familiale et apostolique, un triple objectif:

Le redressement des consciences
la restauration de la famille
l'animation spirituelle de l'Action [catholique.

a) Le redressement des consciences

Tandis qu'une élite se refuse à transiger avec le devoir et l'honnêteté, comment ne pas dénoncer comme une tare de notre époque le fléchissement de la conscience privée et publique?

Il faut redonner à notre pays le sens de la justice, de la loyauté et du bien public.

Cette campagne de redressement moral, nous l'entreprendrons sous la conduite et à l'école du Coeur Immaculé de notre Mère qui n'a jamais connu le péché, et qui saura donner à ses enfants une conscience pure, droite et délicate.

b) La restauration de la famille

La défense et la restauration de la famille sont un de nos plus grands soucis. Certes, nous sommes fiers de nos mouvements familiaux et il subsiste encore en France de vraies familles chrétiennes; elles sont parmi les plus beaux joyaux de nos diocèses.

Mais comment ne pas constater, par contre, trop souvent, un fléchissement grave des vertus familiales et l'ébranlement même de la famille comme société naturelle et «institution-cellule» vitale de la Cité?

Nous vous demandons de vous rassembler autour de Marie, notre Mère, pour qu'Elle développe dans les foyers, comme à Nazareth, l'esprit de famille et les grandes vertus qui sont les gages

de prospérité, de fécondité et de bonheur.

c) L'animation spirituelle de l'Action Catholique

Nous mouvements d'Action catholique poursuivons avec persévérance, au milieu de nombreuses difficultés, leur oeuvre apostolique. Nous les appelons à entrer, avec toute leur foi et leur générosité, dans ce grand courant de ferveur mariale.

Que leurs aumôniers révèlent aux militants les grandeurs de la Très Sainte Vierge, sa tendresse maternelle, son désir d'étendre le Règne de son Fils sur les institutions et les sociétés.

Plus l'Action catholique cherchera à résoudre les problèmes de la vie, plus elle s'efforcera d'être tout le réel humain pour transformer les communautés naturelles, plus aussi elle éprouvera le besoin de s'alimenter aux sources de la vie divine pour animer le zèle de ses apôtres, et ne jamais perdre de vue son but essentiel: la christianisation de la société.

Précisons, nos Très chers Frères, qu'il ne s'agit pas de créer un nouveau mouvement, ni une nouvelle organisation à côté d'autres associations qui s'emploient à glorifier la Très Sainte Vierge, mais simplement de promouvoir un courant d'inspiration mariale qui passera dans les âmes, les familles, les groupements.

Chaque diocèse, d'ailleurs, organisera cet élan de piété filiale comme le jugera bon son Chef.

Nous attendons seulement les fruits les plus abondants pour la participation des chrétiens à la rénovation morale de leur Patrie bien-aimée, mais pour chacun d'entre eux une grâce de force, de maîtrise de soi et de confiance, qui les aidera, sous la protection maternelle de Marie, à se montrer partout, au milieu des inquiétudes présentes et en face de la grande peur qui s'empare de tant d'êtres humains, des semeurs de courage, de paix et d'espoir.

“PRO REGALITATE MARIAE”

Por la revista canadiense «MARIE», cuyo director, señor Roger Brien, estuvo unos días entre nosotros cuando el «Congreso internacional de Congregaciones marianas», de Barcelona, nos llegan las noticias más detalladas de este movimiento internacional «por la Realeza de María» que está reuniendo los sufragios de un número extraordinario de prelados (700 Arzobispos y Obispos, de los cuales 36 Cardenales) y lleva tras sí la piedad de todo el pueblo católico.

«¿No sentiremos el gozo, pregunta esta revista, de colaborar juntos, como hermanos, para la extensión del reino de María, REINA DEL MUNDO?»

»REGINA MUNDI, ORA PRO NOBIS... Haced que no pensemos en otra cosa más que en vuestros intereses que son los de Cristo Rey. Dadnos esta universalidad en la oración, en el sacrificio, en la abnegación, que es una nota esencial de la verdadera Iglesia. «UT SINT UNUM»... Si aquella unidad por la que tanto ha rogado vuestro Hijo. La unidad en la diversidad de dones... ¡Oh, Reina del Mundo!, vuestro Corazón Inmaculado realizará esta unidad en una época que alcanzará, de esta suerte, cimas incomparables de Caridad... ¡Es tan dulce amarse como hermanos, colaborar como hermanos!

»Y Vos la queréis, ¡oh, María!, esta unidad en la colaboración de todos los pueblos de la tierra, porque amáis

a todos los hombres, a todos los países: Jesús es el Rey de todos y Vos sois la Reina de todos... Es preciso que aprendamos a pensar en verdaderos católicos, con este pensamiento universal que es el de Jesús y el vuestro, el del Santo Padre, el de toda la Iglesia... El Espíritu Santo quiere enriquecer el corazón de todos los fieles... Nosotros somos todos hermanos, rescatados por el Rey del amor, llamados todos a la herencia real del Cielo en la unión con la Trinidad gloriosa por la Virgen María...»

El «Pio movimiento internazionale pro Regalitate Mariae» quisiera que todos los católicos, unidos a su Jerarquía, hicieran una campaña de oraciones y súplicas para que se instituya la fiesta litúrgica de la REALEZA UNIVERSAL DE MARÍA. Hay que pedir al Santo Padre la institución de esta fiesta.

«Qué gozo—sigue la citada revista—, qué gozo sería para todos los católicos ver, durante el Año Santo de 1950, la proclamación del Dogma de la Asunción y la institución de la fiesta litúrgica de MARÍA, REINA DEL MUNDO. Este insigne favor para nuestro tiempo debemos merecerlo... Intensifiquemos nuestras oraciones y sacrificios... Y la Reina del Universo no dejará de mostrar su poder, como Soberana del mundo, para arreglar los difíciles problemas de nuestro tiempo.»

«Unidos todos para el triunfo del

Rey y de la Reina del Universo», exclama, para concluir. «Que todos los católicos del mundo formen, pues, una gran familia mariana atenta del todo a la más mínima palabra del gran Papa mariano, Su Santidad Pío XII. ¡Qué maravilloso siglo el nuestro! Sepamos estar a la altura de la situación, como verdaderos testigos de Cristo y de Nuestra Señora...»

La deseada institución de una Festividad litúrgica de la REALEZA UNIVERSAL DE MARÍA, parece ser el normal complemento, el término en que culmine la extensión de la devoción a su Corazón Inmaculado, y de la Consagración Universal de la Iglesia y del mundo a este purísimo y maternal Corazón.

En efecto. Recordemos, en primer lugar, el perfecto paralelismo existente entre la Consagración del mundo al Corazón de María, hecha por el Papa Pío XII en 1942, con la Consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús, hecha por León XIII. Su Santidad insiste explícitamente en este paralelismo:

«Así como al Corazón de tu Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que, depositada en El toda su confianza, fuese para ella señal y prenda de victoria y de salvación, así igualmente nos consagramos a Ti, a tu Corazón Inmaculado, ¡oh, Madre nuestra, Reina del Mundo!, a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios y todos los pueblos, unidos entre sí y con Dios, te aclamen Bienaventurada y contigo entonen de un extremo a otro de la tierra el eterno



Lo quint y ultim Misteri de Gloria, es la Coronació de Maria Santissima per Reyna, y Emperadora de Cel y Terra.

Magnificat de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, sólo en el cual pueden encontrar la verdad, la vida y la paz.»

Ahora bien. La Consagración al Corazón de Cristo de todo el linaje humano no es otra cosa, en el sentir de la Iglesia, sino la proclamación de su Universal Realeza. Y la institución de una festividad litúrgica dedicada a esta Realeza de Cristo no ha sido más que el coronamiento del movimiento de piedad hacia el Corazón de Jesús. Citamos a Pío XII: «El culto al divino Corazón del Redentor encontró su espléndida corona... en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo...» (Encl. «Summi Pontificatus».)

Parece lógico concluir que el movimiento de piedad hacia el Corazón de María ha de tener como normal coronamiento una festividad semejante, dedicada a honrar su Realeza.

No hace falta, con todo, recurrir a este paralelismo, cuando, en el mismo texto de la Consagración que hemos reproducido, la devoción al Corazón de María y su Realeza están íntimamente unidas. En efecto: *la Consagración se hace al Corazón Inmaculado de María, en tanto, precisamente, que ella es nuestra Madre y la Reina del Mundo*: «Así, igualmente, nos consagramos a Ti, a tu Corazón Inmaculado,

¡oh, Madre nuestra, Reina del Mundo!, a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios.»

No es de extrañar. *La universalidad de su Realeza maternal es, justamente, el título que legitima una Consagración igualmente universal*, es decir: no de los fieles individualmente considerados, ni tan siquiera de toda la Iglesia, sino *de todo el género humano*, porque todo él está, de derecho, sometido a este amoroso imperio.

¿Cómo, pues, no sumarse con entusiasmo a este movimiento? La institución de una festividad dedicada a la REALEZA UNIVERSAL DE MARÍA, en simetría con la fiesta de CRISTO REY, ¿no va a descubrir más y más a los fieles el sentido de este divino Reino sobre las almas y sobre las sociedades, al ver a María asociada a él?

¿No va a ser un medio eficazísimo para «acelerar el triunfo del Reino de Dios» como el Papa confía, y que todos los pueblos «entonen de un extremo a otro de la tierra el eterno Magnificat de honra, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, sólo en el cual pueden encontrar la verdad, la vida y la paz»?

¿No sería, como lo es la fiesta de Cristo Rey, una protesta de sobrenatural esperanza en la victoria de la Iglesia; el mayor aliento, por consiguientemente,

para tantos fieles que «en días de calma y seguridad se agrupaban entre los secuaces de Cristo pero que, desgraciadamente más cristianos de nombre que de hecho, en la hora en que es menester perseverar, luchar, sufrir, hacer frente a las persecuciones ocultas o descubiertas, sucumben víctimas; de la pusilanimidad, de la debilidad, de la incertidumbre; y aterrorizados ante los sacrificios impuestos por su profesión cristiana, no encuentran fuerza para beber el cáliz de los fieles de Cristo»? (Encl. «Summi Pontificatus».)

«CRISTIANDAD» aprovecha la oportunidad de este número mariano para proclamar su adhesión a este movimiento —en el que reconoce la actualización de la doctrina pontificia más profunda— y que no puede menos de despertar fervor en España, en el momento en que sea más conocido. He ahí un indicio de ello: 51 Arzobispos y Obispos hispano-americanos de América del Sur figuran ya entre quienes le prestan su apoyo, lo mismo que 20 de Méjico, con el entusiasmo de sus fieles. «CRISTIANDAD» se siente unida a este movimiento, cuyo éxito convertiría el Año Jubilar de 1950 en aquel «cuarto Año Jubilar» que ella misma desea...

J. B.

El comunismo es materialista y anticristiano

Decreto de la Congregación del Santo Oficio (1.º de julio de 1949)

A esta Suprema Sagrada Congregación le han sido dirigidas las siguientes preguntas:

1) Si es lícito inscribirse en partidos comunistas o prestarles apoyo.

2) Si es lícito publicar, difundir o leer libros, periódicos, diarios u hojas volantes que propagan la doctrina o las prácticas del comunismo o colaboran en ellos con sus escritos.

3) Si los fieles que llevan a cabo consciente y libremente actos de los que se habla en los números 1) y 2) pueden ser admitidos a los sacramentos.

4) Si los fieles que profesan la doctrina del comunismo materialista y anticristiano y, sobre todo, aquellos que la difunden o se hacen propanandistas de ella, incurren «ipso facto», como apóstatas de la fe, en la excomunión reservada de modo especial a la Sede Apostólica.

Los eminentísimos y reverendísimos padres encargados de la tutela de la fe y de las costumbres, habiendo tenido presente el parecer de los reverendísimos consultores, en la sesión plenaria del martes 28 de junio de 1949 (que sustituyó a la habitual del miércoles) han decretado que se respondiese:

A la primera.—**Negativamente**: El comunismo, en efecto, es materialista y anticristiano; así, pues, los dirigentes del comunismo, aunque con palabras declaren a veces no combatir a la religión, sin embargo, de hecho, con la teoría y la acción se muestran hostiles a Dios, a la religión verdadera y a la Iglesia de Cristo.

A la segunda.—**Negativamente**: Porque están prohibidos por el mismo Derecho canónico (canon 1.399).

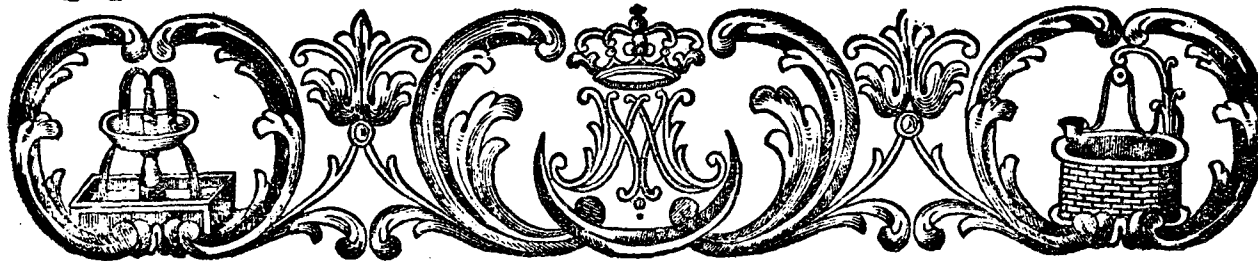
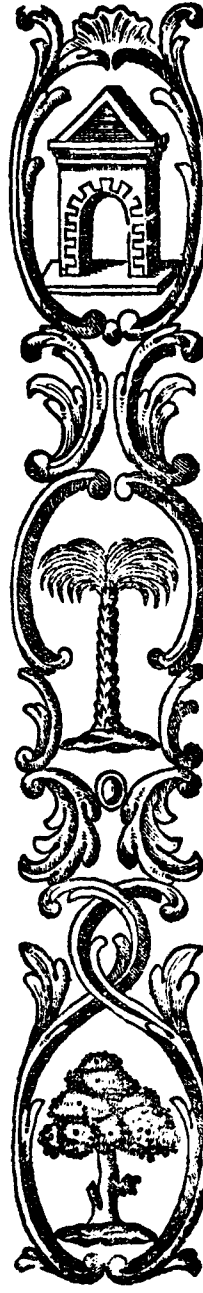
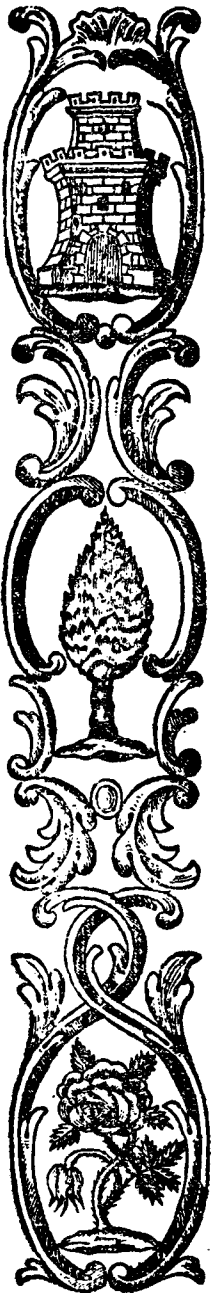
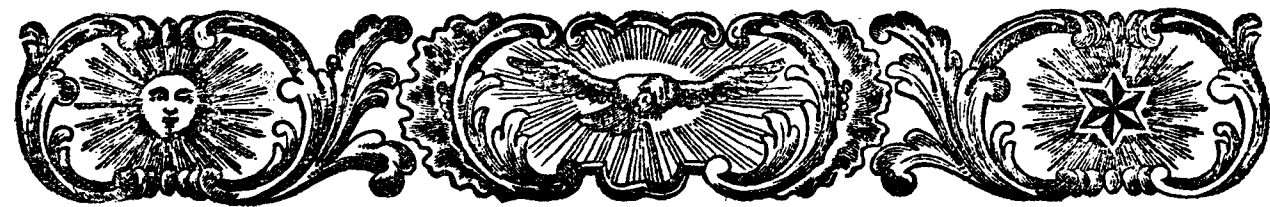
A la tercera.—**Negativamente**: Según los principios tocantes a la negación de los sacramentos a aquellos que no tienen la necesaria disposición.

A la cuarta.—**Afirmativamente**.

Al día siguiente, jueves, 30 del mismo mes y año, Su Santidad Pío XII, en la acostumbrada audiencia concedida a su excelencia reverendísima el monseñor asesor del Santo Oficio, ha aprobado tal deliberación de los eminentísimos padres y ha ordenado que sea promulgada en «Acta Apostolicae Sedis».

Roma, 1 de julio de 1949.—**Pedro Vigorita**, notario de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio.

Véase en la pág. 369, el artículo de José-Oriol Cuffí Canadell: «El comunismo enemigo de Dios, de la religión verdadera y de la Iglesia de Cristo».



Carta del Beato P. Antonio M.^o Claret a un devoto del Purísimo e Inmaculado Corazón de María

Constituye un alto honor y una profunda satisfacción para CRISTIANDAD, reproducir en el presente número el texto íntegro de una carta firmada por el BEATO P. ANTONIO MARIA CLARET, en la que este celoso apóstol de la devoción al Corazón Purísimo de María expresa su ferviente deseo de que todos los cristianos tengan hambre y sed de esta devoción, fundamentando con varias y profundas consideraciones, el deber y la necesidad que tenemos de amar a la Virgen Santísima Madre de Dios y Madre nuestra. (Véase en la pág. 356 el texto del P. Bover sobre la maternidad espiritual de María y la devoción a su Corazón Inmaculado, y en las págs. 358 y 359, los interesantes documentos relativos al «Année Mariale» y al movimiento «Pro Regalitate Mariae»).

Muy señor mío: Acabo de recibir vuestra estimadísima carta con que me pedís os diga alguna cosa para crecer cada día más y más en la devoción del Inmaculado Corazón de María. Querido amigo, no podíais pedir cosa más de mi gusto. Yo quisiera que todos los cristianos tuvieran hambre y sed de esta devoción. Amad, amigo mío, amad y amad muchísimo a María.

Y para que suba más de punto vuestra devoción y también para satisfacer vuestros deseos os diré que debemos amar a María Santísima: 1.º porque Dios lo quiere; 2.º porque ella lo merece; 3.º porque nosotros lo necesitamos, por ser ella un poderosísimo medio para obtener todas las gracias corporales y espirituales y finalmente la salud eterna.

1.º Debemos amar a María Santísima porque Dios lo quiere.

Amar es querer bien al amado, es hacerle bien, es hacerle participante de sus bienes, pues el mismo Dios nos da ejemplo y excita a amar a María. El Eterno Padre la escogió por Hija suya muy amada; el Hijo Eterno la tomó por Madre, y el Espíritu Santo por Esposa. Toda la Santísima Trinidad la ha coronado por Reina y Emperatriz de cielos y tierra y la ha constituido dispensadora de todas las gracias. Debéis saber, amigo mío, que María Santísima es obra de Dios y es la más perfecta que ha salido de sus manos después de la Humanidad de Jesucristo; en ella brillan de un modo muy particular la Omnipotencia, la Sabiduría y la Bondad del mismo Dios.

Es propio de Dios el dar la gracia a cada criatura según el fin a que la destina, y como Dios destinó a María para ser Madre, Hija y Esposa del mismo Dios, y Madre del hombre, de aquí se infiere qué Corazón le daría y con qué gracias le adornaría.

2.º Debemos amar a María Santísima porque ella lo merece.

María Santísima lo merece por el cúmulo de gracias que ha recibido sobre la tierra, por la eminencia de la gloria que posee en el cielo, por la dignidad casi infinita de Madre de Dios a que ha sido sublimada y por las prerrogativas adherentes a esta sublime dignidad.

María fué como el centro de todas las gracias y bellezas que Dios había distribuido a los Angeles, a los Santos y a todas las criaturas; María había de ser la Reina y Señora de los Angeles y de los Santos, y por lo mismo había de tener más gracias que todos ellos ya en el primer instante de su ser. María había de ser Madre del mismo Dios. Es un principio de filosofía que entre la forma y las disposiciones de la materia ha de haber cierta proporción: la dignidad de Madre de Dios es aquí como la forma y el Corazón de María es la materia que ha de recibir esta forma. Oh, qué cúmulo de gracias, virtudes y

otras disposiciones se agrupan en aquel Santísimo y Purísimo Corazón...

Desde que Dios determinó hacerse hombre fijó la vista en María Santísima, y desde entonces dispuso todos los preparativos necesarios: la hizo nacer de los Patriarcas, Profetas, Sacerdotes y Reyes, y todas las gracias de éstos reunió en María y quiso que fuese la nata y la flor de todos ellos. Además, la previno con bendiciones de dulzura y puso sobre su cabeza una corona de piedras preciosas, esto es, de gracias y bellezas, pero mucho más enriqueció su Corazón.

En el Corazón de María se han de considerar dos cosas: el Corazón material y el Corazón formal, que es el amor y la voluntad.

El Corazón material de María es el órgano sentido o instrumento del amor y voluntad, así como por los ojos vemos, por los oídos oímos, por la nariz olemos y por la boca hablamos, así por el corazón amamos y queremos.

Dicen los teólogos que las reliquias de los Santos merecen veneración y culto. 1.º Porque han sido miembros vivos de Jesucristo. 2.º Porque han sido templos del Espíritu Santo. 3.º Porque han sido órganos de la virtud. 4.º Porque serán instrumentos de la gracia y de milagros. 5.º Porque ellos serán glorificados después de la resurrección.

El Corazón de María reúne estas propiedades y muchas otras más. 1.º El Corazón de María no sólo fué miembro vivo de Jesucristo por la fe y la caridad, sino también origen, manantial de donde se tomó la humanidad. 2.º El Corazón de María fué templo del Espíritu Santo, y más que templo, pues que de la purísima sangre salida de este Inmaculado Corazón formó el Espíritu Santo, la Humanidad Santísima en las purísimas y virginales entrañas de María en el grande misterio de la Encarnación. 3.º El Corazón de María ha sido el órgano de todas las virtudes en grado heroico y singularmente en la caridad para con Dios y para con los hombres. 4.º El Corazón de María es en el día un Corazón vivo, animado y sublimado en lo más alto de la gloria. 5.º En el Corazón de María es el trono en donde se dispensan todas las gracias y misericordias.

María es verdaderamente Madre de Dios: a la manera que una mujer que ha parido un hombre se llama y es madre de todo aquel hombre, que es un compuesto de alma y cuerpo, y aunque el alma viene de sólo Dios, así María Santísima es Madre de Dios porque este divino compuesto de persona divina, alma racional y cuerpo material es el término de la generación en las purísimas y virginales entrañas de María. Esta dignidad de Madre de Dios es la que más la enaltece, porque es una dignidad casi infinita, porque es Madre de un ser infinito, es más de cuantos po-

see en gracia y gloria. Los doctores y Santos Padres dicen que por los frutos se conoce el árbol según consta del Evangelio; ¿pues qué diremos de María que ha dado a luz a aquel bendito Fruto que tanto elogió Santa Isabel cuando dijo: «Bendito el fruto de tu vientre...? ¿De dónde a mí tanta dicha que me venga a ver la Madre de Dios?»

Dice Santo Tomás que el fuego no prende en el leño hasta que éste tiene los mismos grados de calor que aquél: pues bien, si para que de la sangre del Corazón de María se formase la Humanidad a que se había de juntar la Divinidad era preciso que tuviese una disposición cuasidivina, ¿qué diremos ahora de María si, además de considerarla Madre de Dios, juntamos las demás gracias que después recibió de Jesús? Jesús por donde pasaba hacia bien a todos más o menos según la disposición en que los hallaba; ¿qué pensaremos de las gracias y beneficios que dispensaría a María en que pasó no rápidamente, sino que estuvo con mucha detención en sus entrañas nueve meses y a su lado treinta y tres años, y hallándose siempre con la más buena disposición y preparación para recibir beneficios de Jesús? A estas gracias se han de juntar también las que recibió del Espíritu Santo en el día de Pentecostés y además se han de añadir las que agenció con el ejercicio de tantas y tan heroicas virtudes en todo el decurso de su santísima y larga vida, acompañada de aquella continua y fervorosa meditación en la que, según el Profeta, se enciende la llama del divino amor. Al considerar San Buenaventura la gracia de María exclama diciendo: «La gracia de María es una gracia inmensísima, multiplicadísima.» («Gratia Mariæ est inmensissima, multiplicadissima.» S. Buen. Spec., C. I.)

No sólo se han de considerar las gracias que María ha obtenido para ser y por haber sido Madre de Dios y las gracias que recibió de Jesucristo, del Espíritu Santo y ella se granjeó con su cooperación, sino también es indispensable fijar la atención en la multitud de incomparables prerrogativas que tan grande dignidad le han acreado. Referiremos algunas: 1.ª De haber sido preservada del pecado original a que indispensablemente había de incurrir a no haber sido ella destinada para Madre del mismo Dios; para esto, Dios la dotó de un Corazón Inmaculado, purísimo, castísimo, humildísimo, mansísimo, santísimo, pues que de la sangre salida de este Corazón se había de formar el cuerpo del Dios Humanado. 2.ª De haber concebido en el tiempo a aquel mismo Hijo de Dios que el Eterno Padre había engendrado en la eternidad. «No lo dudes, dice San Buenaventura, el Eterno Padre y la Virgen Sagrada han tenido un mismo y único Hijo.» 3.ª Así como el Eterno Padre tuvo este divino Hijo sin perder nada de su divinidad, así también la Santísima Virgen María ha concebido y parido este mismísimo Hijo sin el menor detrimento de su Santísima Virginitad. 4.ª De haber tenido un legítimo poder para mandar al Señor absoluto de todas las criaturas, pues que éste es un derecho que la naturaleza da a todas las madres, derecho a que ha querido sujetarse gustosamente, pues dijo que había venido no para derogar la ley, sino para cumplirla con más perfección que los demás hombres, y el evangelista San Lucas nos da testimonio de cómo obedecía a su Madre y a San José («Et erat subditus eis.» Luc., 2). Mas este derecho hace tanto honor a María Santísima, que San Bernardo dice que no sabe cuál es mayor digno de admiración, si el que Jesús obedezca a María o el que María pueda mandar a Jesús, «porque, dice el Santo, el que Dios obedezca a una mujer es una humildad sin ejemplo y el que una mujer mande a Dios es una elevación sin igual». 5.ª Ha sido la Esposa del Espíritu Santo de una manera infinitamente más noble que las otras vírgenes, pues que

las otras apenas merecen el ser aliadas a ese divino Esposo en cuanto al alma, mientras que María lo ha sido no sólo en cuanto al alma, sino también en cuanto al cuerpo, aunque de la manera más casta. La alianza que ha habido entre el Espíritu Santo y las vírgenes castas sólo ha servido para la producción de los actos de virtudes, pero la alianza entre este Divino Espíritu y María Santísima ha producido de una manera la más inefable al Señor de las virtudes, Cristo Señor Nuestro. 6.ª Ha sido como el término, por decirlo así, y la coronación de la Santísima Trinidad («María universum Sanctæ Trinitatis complementum.» Ysich. Hom., 11 de B. Virg.), porque ha producido el más excelente fruto de su fecundidad ad extra, como dicen los teólogos, es decir, ha producido un Dios Hombre. María ha producido un sujeto capaz de dar a la Santísima Trinidad un honor cual la Santísima Trinidad se merece, honor que todas las criaturas juntas y aunque éstas se multipliquen muchísimas veces, no eran capaces de pagar como lo hace el Hijo de María, Dios y Hombre verdadero. 7.ª En haber sido hecha Reina y Señora de todas las criaturas por haber concebido y parido el Verbo Divino por quien fueron hechas todas las cosas, como dice San Juan...

3.ª Debemos amar a María Santísima y ser sus verdaderos devotos, porque la devoción a María Santísima es un medio poderosísimo para alcanzar la salvación. Es la razón, porque María puede salvar a sus verdaderos devotos, porque quiere y lo hace. María puede, porque es la puerta del Cielo; María quiere, porque es la Madre de la misericordia. María lo hace, porque ella es la que obtiene la gracia justificante a los pecadores, el fervor a los justos y la perseverancia a los fervorosos; por esto los Santos Padres la llaman la rescatadora de los cautivos, el canal de la gracia y la dispensadora de las misericordias. Por esto se ha dicho que el ser devoto de María es una señal de predestinación así como es una marca de reprobación el no ser devoto o adverso de María. La razón es muy clara. Nadie se puede salvar sin el auxilio de la gracia que viene de Jesús, como cabeza que es de la Iglesia o cuerpo, y María es como el cuello que junta, por decirlo así, el cuerpo con la cabeza, y así como el influjo de la cabeza al cuerpo ha de pasar por el cuello, así, pues, las gracias de Jesús pasan por María y se comunican al cuerpo o a los devotos, que son sus miembros vivos. («In Christo fuit plenitudo gratiæ sicut in capite fluente; in Maria sicut in collo transfundente.» S. Hier.) María es llamada por los Santos Padres la Escala del Cielo porque por medio de María ha bajado del cielo y por medio de María los hombres suben al cielo. Y cuando la Iglesia dice que esta Reina incomparable es la Puerta del Cielo y la ventana del Paraíso nos enseña con esas palabras que todos los elegidos, justos o pecadores, entran en la mansión de la gloria por su mediación, con esta sola diferencia: que los justos entran por ella como por la puerta de llano, pero los pecadores por la ventana que es María, por la escalera que es María.

Por tanto, amigo mío, después de Jesús hemos de poner toda nuestra confianza y esperanza de nuestra eterna salvación en ella. Oh, dichoso el que invoca a María, el que acude al Inmaculado Corazón de María con confianza, que él alcanzará el perdón de los pecados por muchos y por grandes que sean, alcanzará la gracia y finalmente la gloria del cielo. («Haec peccatorum scala, mea maxima fiducia est, haec tota ratio spei meæ.» S. Bernard. «Unica peccatorum advocata; portus tutissimus, naufragantium omnium salus.» S. Epiph. «Peccatorem quantumlibet fætidum non horret... donec horrendo Judici miserum reconciliet.» S. Bernar.) Que tanto deseo a usted y a todos.

Por el Corazón de María al Reinado del Corazón de Jesús

El P. Claret apóstol de la devoción al Inmaculado Corazón de María

No hay que presentar a los lectores de CRISTIANDAD ni la persona del Beato P. Claret ni su cualidad de apóstol cordimariano, vindicado ya en estas páginas (n.º 84, página 413). Lo que quizá no todos conozcan es que, además de apóstol *fundador* de Cofradías e Institutos cordimarianos fué también apóstol *evangelista* de esta buena nueva, predicador y maestro de esta devoción. De entre sus escritos hemos escogido esta carta, en parte inédita, y para los demás, desconocida. No contiene toda su doctrina cordimariano, pero sí sus rasgos más fundamentales.

¿Quién es el destinatario? No sabemos quién fué el destinatario individuo y concreto como el de aquella otra suya a un miembro de la Academia de San Miguel; pero pueden apropiársela todos aquellos que sean capaces de percibir el latido de la hora actual. El Mensaje de Fátima, la Consagración del mundo al Corazón de María y la extensión de su culto litúrgico a toda la Iglesia son hechos que demuestran hasta la evidencia que ha comenzado para el mundo una nueva era, la del Corazón Inmaculado de María. La trascendencia del primero de estos hechos no ha sido debidamente valorada por muchos por no haber alcanzado su verdadero sentido: «El pueblo —dice su Eminencia el Cardenal Cerejeira, Patriarca de Lisboa— resumió el mensaje en dos palabras: *penitencia* y *oración*. Ha de convenirse que toda la teología escética y mística está ahí contenida. Pero lo que mejor define el mensaje creo que sea lo que antes afirmé: la *manifestación del Corazón Inmaculado de María*.»

Los que han recibido el Mensaje y los que saben penetrar (que esto quiere decir entender), por entre las apariencias de los hechos hasta su íntima intención providencial, sienten el deseo de ponerse a tono con las nuevas exigencias. Todos estos pueden considerarse de un modo especial destinatarios de esta sentida y luminosa carta y pueden apropiarse el «querido amigo» de aquel corazón naturalmente sensible para la amistad y, además, abrasado por la caridad de Cristo.

El autógrafo original de la «Carta» se conserva en Roma, en el archivo generalicio de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. En el de la Vice-Postulación de Vich hay una copia auténtica que la reproduce íntegra y nos hemos servido también de ella.

Esta carta no vió la luz pública hasta 1940 en «Secretariado Claretiano», enero-febrero; y en «Iris de Paz» (1942, n.º 2.072, p. 157), aunque sólo sus dos primeras partes.

Ignoramos el lugar y la fecha de su composición. El M. R. P. Juan Postius, especialista en estudios claretianos, dió como probable la fecha de 1870, o sea el último año de vida del Beato.

La carta consta de un saludo introductorio, del cuerpo de la carta y de una conclusión.

En el saludo ya le traiciona al Beato su celo impulsivo y apremiante.

En el cuerpo de la carta enseña que debemos amar al Corazón de María: 1.º porque Dios lo quiere; 2.º porque ella se lo merece, y 3.º porque nosotros lo necesitamos.

Su conclusión y despedida es breve y persuasiva.

En el Corazón de María considera el corazón material —la viscera, que para él es, además, instrumento del amor— y el Corazón formal —que es el amor y la voluntad—. Su doctrina enlaza con la corriente tradicional de San Juan Eudes (1601-1680), del P. Pedro Pinamonti (1632-1703) y del P. Gallifet (1663-1749) en contra de los Jansenistas y el Sínodo de Pistoya.

Los motivos de dar culto al Corazón de María (el objeto formal que dirían los especialistas) son sus excelencias y privilegios. Entre las excelencias, la primera y fundamental es la divina maternidad: «Esta dignidad de Madre de Dios es la que más la enaltece, porque es una dignidad casi infinita, porque es madre de un ser infinito, es más de cuanto posee en gracia y gloria.»

Entre los privilegios personales pone muy de relieve la relación entre el Corazón de María y su Concepción Inmaculada.

Por su actualidad llena el alma de gozo el ver cómo asociaba el Beato P. Claret el culto del Corazón de María con la Asunción. «Veneramos, dice, las reliquias de los santos porque ellos serán glorificados después de la resurrección; cuánto más debemos venerar al Corazón de María, puesto que *es en el día un Corazón vivo, animado y sublimado en lo más alto de la gloria*.»

La necesidad de nuestro culto al Corazón de María la deduce el Beato P. Claret del emplazamiento vital que ocupa el Corazón de María en el Cuerpo Místico. El Corazón de María es, para él, el corazón de la Iglesia que, en lo escondido, recoge la gracia de Jesús y la impele, vivificadora, por los miembros; es el cuello que junta el cuerpo con la cabeza y «así como el influjo de la cabeza ha de pasar por el cuello, así las gracias de Jesús pasan por María y se comunican al cuerpo o a los devotos, que son sus miembros vivos».

Y no resta sino enfocar esta carta desde el ángulo de visión de CRISTIANDAD. Formar devotos del corazón de María es acelerar el Reinado del Corazón de Jesús, porque, según el Beato P. Claret, el devoto del Corazón de María, en cuanto tal, es un militante y un pacificador en el Reino de Cristo, alistado en el conjunto del ejército cordimariano, admirablemente descrito en estas líneas:

«Es María, para los enemigos de nuestras almas, como un terrible ejército bien ordenado puesto en batalla. Los ejércitos de los reyes de la tierra se componen de soldados; pero el ejército de María, Reina de cielos y tierra, se compone de los ángeles y de los *devotos de su Inmaculado Corazón*, alistados en su Archicofradía. En un ejército hay soldados de diferentes cuerpos, v. gr. de caballería, artillería e infantería; en la Archicofradía hay tres órdenes distintos [Hijos del Corazón de María, Clérigos seculares, simples cofrades], y cada uno tiene su especial reglamento, que cumple exactamente, y reunidos en el Inmaculado Corazón de María, forman un conjunto admirable y en todo perfecto y formidable a los enemigos del

mundo, demonio y carne, por manera que con los auxilios de María, con sus oraciones, buen ejemplo y con sus obras de santo celo con que pelean se destruyen las herejías, los pecadores se convierten, los justos perseveran en gracia y muchísimas almas se salvan. Además, por su medio se alcanzan muchas gracias temporales, frutos en las tierras, salud en los cuerpos, felicidad en las familias, paz en los reinos, prosperidad y dicha en todas partes, cumpliéndose a la letra lo que está escrito, esto es, que sus domésticos, que son sus devotos, están equipados de duplicados vestidos, vestidos para el cuerpo, vestidos para el alma, para el tiempo y para la eternidad.» (Reglas del Instituto de Clérigos Regulares, Introducción.)

José M.^a Viñas, C. M. F.

El mensaje de Fátima, a la luz de la doctrina mariana de León XIII

¿Por qué las revelaciones de Fátima han alcanzado tanto crédito en la Iglesia Jerárquica, lo mismo que entre el pueblo fiel?

Aparte de las razones inequívocas de autenticidad que por otros lados las avalan, una merece destacarse como muy fundamental: que ellas no representan otra cosa sino una llamada más sensible, más dramática, más urgente sí, pero *substancialmente idéntica en su espíritu y en sus objetivos* a la que, por inspiración igualmente divina, vienen dirigiendo los Sumos Pontífices al Mundo moderno en el ejercicio de su supremo Magisterio.

Vamos a aludir a un problema que se relaciona estrechamente con las revelaciones de Fátima, a saber: la conversión es un símbolo de Rusia. Cuando el Mundo da ya como un hecho consumado la división en dos mitades irreductibles de esta Europa que, en los planes de Dios, debía gozar del beneficio de la paz y de la unidad cristiana; cuando Occidente y Oriente azotan, sí, con desigual brutalidad los flancos de una Iglesia nuevamente mártir, pero son igualmente hostiles a su Espíritu, no se resigna María a esta situación: Ella nos urge oraciones y sacrificios por el pueblo que en este momento es la víctima mayor del fraude que han urdido los enemigos de Cristo: *quiere la conversión de Rusia*.

¿Es de extrañar que descubramos aquí una de las preocupaciones fundamentales que abrigaba en su ánimo aquel Pontífice profundamente piadoso, León XIII, como algo para cuya solución confiaba especialísimamente en María? ¿No se podría reconocer en Fátima sin abuso una aprobación y una respuesta de María a los ruegos que por medio del Rosario viene dirigiéndole la Iglesia, para que los disidentes de Oriente, de Occidente y de todo el Mundo vuelvan al seno de la Unidad perdida? ¿No va Ella a procurar con todo el empeño de su corazón maternal, que se realice de nuevo la concordia y la unidad de la gran Familia cristiana, nacida, crecida y alimentada al amparo de su regazo?

Pero al mismo tiempo cuando no es tanto la maldad de los malos como la desorientación y consiguiente tibieza de los buenos lo que pone en peligro la Iglesia, ¿es de extrañar que nos advierta que seremos castigados de nuevo por aquel mismo azote que no nos hemos dispuesto adecuadamente a combatir?

Si algo accidental o incluso supersticioso se hubiese mezclado en el espíritu del pueblo poco formado con las revelaciones de Fátima, mucho alimento nutritivo pueden encontrar en ellas quienes lo deseen tal para su piedad. Las Encíclicas de León XIII (entre sus muchas Encíclicas marianas) que a continuación publicamos, puede servir para confirmarles en esta convicción; porque de ella aparece claramente, como aparecería de tantas otras, que, en lo substancial, *el Mensaje de Fátima es el Mensaje de Roma*.

J. B. B.

Véase el texto de la Encíclica *Adjutricem Populi*, en la página 350 y siguientes de este mismo número.

El sacerdote ante el Corazón de Jesús

«Bien podemos pedir para este próximo Año Jubilar que se renueve la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús, para que sea una realidad su reinado...», dice el EXCMO. Y RYDMO. DR. D. ENRIQUE DELGADO, Obispo de Pamplona, dirigiéndose a los sacerdotes de su diócesis a través de CRISTIANDAD, en el presente artículo que agradecemos profundamente y que representa un altísimo honor para nuestra Revista.

Si pudiésemos contemplar ya el desarrollo histórico del plan divino sobre su Iglesia en la tierra, nos admiraría la serenidad y seguridad con que se lanza al mar la navicilla de Pedro mientras las más fuertes tormentas se desatan, navegando aquélla muy segura y tranquila en medio de los peligros. Se acuerda de la palabra de Jesús: «Mandó a los vientos y al mar y quedó todo tranquilo.» (Mat., VIII-26.)

Estamos ahora como los Apóstoles en aquella noche que navegaban sobre el lago de Gennesaret en medio de una gran tormenta llevando a bordo a Jesús, que, dormido, parecía no se preocupaba del peligro. La Iglesia, en medio de la tormenta, segura de su vitalidad y de que el Divino Timonero puede, cuando lo crea conveniente, imperar a los vientos y hacer callar la tormenta, sigue desarrollando su vida fecunda sin amilanarse ni variar su ruta.

Ya está promulgada la Bula de indicción del próximo Año Santo para 1950, jalón providencial de su ruta en estos tiempos, que será ocasión de acercarnos más a la Cátedra de Pedro para recibir con la verdadera luz la fortaleza para mantener esas verdades, en virtud del mandato divino: «*Et tu aliquando conversus confirma fratres tuos.*»

Fijándonos solamente en la huella que los tres últimos Años Santos ordinarios marcaron en el culto al Sagrado Corazón de Jesús, que no puede considerarse como desarrollo de un plan premeditado, sino más bien manifestación de un secreto designio de Dios, podemos esperar en el próximo algo que más nos haga sentir la influencia del Corazón de Jesús en la vida de la Iglesia. En 1875 se ofrece la consagración de la Iglesia al Corazón de Jesús; en 1900 se le consagra el mundo entero a instancias del mismo Corazón de Jesús, que así lo revela a una religiosa en Oporto, escuchando León XIII esta voz para realizar el «acto más grandioso de su Pontificado», y en 1925 se instituye la Fiesta de Cristo Rey, para que sea verdadero su imperio, sujetándonos a sus leyes.

¿Qué nos reservará el Año Jubilar de 1950 después de las sobrenaturales manifestaciones de la Santísima Virgen en Fátima a una niña vidente, hoy religiosa carmelita en Coimbra? Se ofende mucho a Jesús y quiere su Corazón derramar mayores gracias para que no se pierdan nuestras almas, mirando especialmente a los sacerdotes, que tanto pueden hacer.

Cuando en estado de víctima le miramos en el altar de hito en hito pidiéndole fuerzas para nuestros estudios, para nuestro apostolado, para nuestras empresas parroquiales, parece que nos dice: «*Diligis me plus his?*» (Jo., XXI, 15). Alaba los trabajos, exige estudios; pero lo que pide es amor. Este es el principio motor de todo. Lo inspiró al autor de la Imitación de Cristo, que asegura «gusta al que ama abrazarse con trabajos duros y amargos por el amado» (lib., III-c. 5). Y aunque le contestemos afirmativamente, como San Pedro, y por ello El nos encomiende sus corderos, insistirá nuevamente: «*Diligis me plus his?... ex toto corde tuo?... ex tota anima tua?... ex tote virtute tua?*» (Jo., XXI-15 y Marc., XII-30). Tú sabes, Señor, que te amo. Mas fijémonos, amados sacerdotes, que no pregunta simplemente si le amamos «*plus his*». ¿Más que aquellas piadosas mujeres que tú diriges y se acercan

al altar para que las alimentes con el pan del Cielo que tú has consagrado; más que aquellos jóvenes modelos que saben ser verdaderos lirios de estos valles; más que aquellos viejecitos que le consagran los últimos destellos de su ya amortiguada luz? Más que a todos nos pide, porque más que a todos nos ha dado.

Porque amó mucho la Magdalena, dijo a Simón, se le ha dado mucho. Debían ser recíprocos estos términos, como lo fueron también en la Magdalena. ¿Y quién recibió más que el sacerdote? Nos ha entregado las almas, la Iglesia, las llaves para abrir las puertas del Cielo con poder absoluto para usar de ellas; y hasta El mismo se nos ha entregado, como si no tuviera voluntad, para que lo bajemos del Cielo a la tierra —como repitiendo el misterio de su encarnación y muerte—, lo depositemos en el tabernáculo que nos plazca, y, por fin, lo administremos en comida a los fieles que nos encomienda. Y en estos actos ministeriales se descubre el amor de su Corazón hasta cediéndonos su personalidad, haciéndonos decir con verdad: «*Ego te absolvo... hoc est Corpus meum.*»

¿Qué más puede darnos? Es pálida ante la realidad la enseñanza de aquella parábola de la viña infructuosa. «Yo te planté y cabé; yo puse seto y valladar en toda la heredad para que no la pisoteasen estropeando frutos; ¿qué más he podido hacer que no haya hecho? Y con todo esto en vez de uvas me has dado agraces.» Cuando en el altar nos ofrece su sangre en el cáliz de su Corazón, tienen estas palabras de Jesús un sentido que cala el alma del sacerdote, como si, para él, sólo hubiesen sido dichas. Y señalando la dulzura y eficacia de hacer todo nuestro ministerio con y por el Corazón de Jesús, se insinúa como a la Samaritana: «*Si scires donum Dei?*» «*Videte vocationem vestram?*» (I Cor., I-26). Este es un medio eficaz para que cumplas aquel sublime deseo: «*Da mihi animas*». ¿No lo has visto ya en algunos sacerdotes que son verdaderos apóstoles? «*Tu es Magister in Israel, et haec ignoras?*» (Jo., III-10). Y como hablando consigo mismo ante el sacerdote que miles de veces lo ha puesto en el altar parece decir: «*Tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me?*» (Jo., XIV-9). Piénsalo ahora que estás inclinado sobre el altar en preparación inmediata para aplicar tus labios a este cáliz de mi Corazón y beber mi sangre: «*Admoneo te ut ressuscites gratiam Dei quae est in te per impositionem manuum*» (II Tim., I-6).

Bien podemos pedir para este próximo Año Jubilar que se renueve la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús, para que sea una realidad su reinado por la aceptación de sus leyes en todos los pueblos, sirviendo de intercesora la Santísima Virgen, según lo expresado en Fátima, haciendo que todos los sacerdotes en sus «trabajos de cada día y en la preocupación de todas las iglesias» (II Cor., 28) sientan, como San Pablo, que su aliento y su vida es Cristo: «*mihi vivere Christus est*» (Philip., I-21), hasta realizar lo que San Juan Crisóstomo decía del Apóstol: «*Cor taque Christi, erat cor Pauli*» (Hom., 32 ad Rom.).

A las persecuciones de los Césares romanos siguió la paz de Constantino, guiado por el Lábaro de la Cruz. ¿Será designio de Dios que el nuevo Lábaro del Corazón de Jesús consiga la paz universal después de las persecuciones de los Césares rojos?

Pamplona, 25 de julio de 1949.

✠ ENRIQUE,
Obispo de Pamplona

BULA DE INDICCIÓN DEL AÑO SANTO

No ignorais, ciertamente, amados hijos, cuales son las
INTENCIONES GENERALES DE LOS ROMANOS PONTIFICES;
pero, por lo que toca al próximo

AÑO SANTO

deseamos manifestaros con mayor claridad

NUESTRAS INTENCIONES PARTICULARES.

Por medio de las oraciones que se han de hacer al Señor

pídase ante todo

que cada uno,

orando, y

haciendo penitencia

se entregue con todo empeño

a la reforma de las propias costumbres, y

a la adquisición de las virtudes cristianas;

a fin de que

este gran Jubileo

PREPARE EL REINADO DE JESUCRISTO

Indicción del Jubileo universal del Año Santo 1950.

Pío, Obispo, siervo de los siervos de Dios. A todos los fieles cristianos que leyeren las presentes letras, salud y bendición apostólica.

El gran Jubileo que se celebrará durante el próximo año en esta urbe de Roma pretende, sobre todo, impulsar a todos los cristianos no sólo a la penitencia de sus pecados, sino también a la consecución de las virtudes y de la santidad, según aquellas palabras: «Santificaos y sed santos, porque yo soy el Señor, Dios vuestro». (Lev., 20, 7, 11; 1.ª de San Pedro, 1, 16.) Por lo cual fácilmente se ve cuánto sea el provecho de esta antiquísima institución, porque si los hombres escucharen esta voz de la Iglesia y, apartándose de las cosas terrenas y pasajeras, se volvieran a las imperecederas y eternas, entonces, sin duda alguna, lograrían aquella deseadisima renovación de las almas por la cual las costumbres, tanto privadas como públicas, se acomodarían a los preceptos y al espíritu cristiano, ya que cuando las rectas normas morales guían las convicciones de los particulares y las dirigen sincera y eficazmente, entonces se sigue necesariamente que una especie de fuerza y de impulso nuevo penetra hasta lo más íntimo de toda la sociedad humana para orientarla hacia una ordenación mejor y más feliz.

Ahora bien, cuando es necesario reformar todas las cosas según la verdad y virtud del Evangelio, los esfuerzos de los hombres, aunque muy dignos de loa cuando no se mueven por razones falaces, son, sin embargo, impotentes para una empresa de tanta envergadura. Solamente la sacrosanta religión, que se apoya en el auxilio sobrenatural y en la gracia divina, puede afrontar tan gran problema y con la activa colaboración de todos llevarlo a feliz término. Por lo cual deseamos ardientemente que los Obispos de todo el mundo, juntamente con su propio clero, ins-

truyan con toda diligencia a la grey encomendada a su cuidado acerca de todo lo que se relaciona con el gran Jubileo próximo. Exhórtela a participar de la mejor manera posible, ya sea que puedan venir a Roma, ya que deba quedarse en sus casas, a elevar a Dios cada vez más fervorosas plegarias, a multiplicar las obras de penitencia y de caridad y a hacer todo lo posible por conseguir todos aquellos fines peculiares que en otra ocasión hemos propuesto para el Año Santo.

Previendo ya, por tanto, los ubérrimos y saludables frutos que imploramos con fervientes plegarias al divino Redentor, y siguiendo las huellas de los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, y del consejo de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la santa Iglesia romana, con la autoridad de Dios omnipotente y de los santos apóstoles Pedro y Pablo, determinamos por las presentes letras y promulgamos y queremos que sea tenido como determinado y promulgado el gran Jubileo universal que ha de celebrarse en esta urbe de Roma, comenzando desde el día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo del año 1949 para terminar el día de Navidad de 1950.

A todos los fieles que durante este año de expiación, debidamente reconciliados por el sacramento de la penitencia y habiendo recibido la sagrada comunión, visitaren piadosamente por una sola vez, en el mismo día o en días diversos, y guardando el orden que quisieren, las basílicas de San Juan de Letrán, la vaticana de San Pedro, la de San Pablo, en la vía Ostiense, y la de Santa María la Mayor, en el Esquilino, rezando en cada basílica tres veces el padrenuestro, el avemaría y el «Gloria Patri», y además otro padrenuestro, avemaría y «Gloria» por nuestras intenciones y el clero, concedemos e impartimos misericordiosamente del Señor la indulgencia plenaria y el perdón de toda la pena que deban pagar por sus pecados.

En favor de aquellos que en Roma o durante el viaje no hayan podido terminar o ni siquiera iniciar el número de las visitas por estar impedidos por enfermedad o por otra justa causa, o porque durante este tiempo estén en peligro de muerte, suavizamos de tal manera las condiciones anteriormente señaladas para ganar la indulgencia plenaria del Jubileo, que si son absueltos de sus culpas y reciben la sagrada comunión, participan de la indulgencia y del perdón del Jubileo como si realmente hubieran visitado las cuatro basílicas enumeradas. Además, determinamos que los fieles puedan ganar la indulgencia del Jubileo, tanto para sí como para los difuntos, cuantas veces realicen debidamente las condiciones prescritas. **NO IGNORÁIS CIERTAMENTE, AMADOS HIJOS, CUÁLES SON LAS INTENCIONES GENERALES DE LOS ROMANOS PONTÍFICES; PERO POR LO QUE TOCA AL PRÓXIMO AÑO SANTO, DESEAMOS MANIFESTAROS CON MAYOR PRECISIÓN Y CLARIDAD NUESTRAS INTENCIONES PARTICULARES. POR MEDIO DE LAS ORACIONES QUE SE HAN DE HACER AL SEÑOR, PÍDASE ANTE TODO QUE CADA UNO, ORANDO Y HACIENDO PENITENCIA, EXPÍE SUS PROPIAS CULPAS Y SE ENTREGUE CON TODO EMPEÑO A LAS REFORMAS DE SUS PROPIAS COSTUMBRES Y A LA ADQUISICIÓN DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS, A FIN DE QUE ESTE GRAN JUBILEO PREPARE EL REINADO DE JESUCRISTO.**

En segundo lugar hay que pedir a Dios con insistencia que la fidelidad debida al divino Redentor y a la Iglesia por El fundada se mantenga por todos con espíritu inflexible y con voluntad enérgica. ¡Que los sacrosantos derechos de la Iglesia permanezcan incólumes e inviolados contra las asechanzas, los engaños y las persecuciones de sus enemigos! ¡Que todos aquellos que todavía no han llegado a la luz de la verdad católica o vagan errantes fuera del camino recto, y los mismos que odian o niegan a Dios, iluminados por la luz de lo alto y vencidos por la gracia, sean traídos a la obediencia de los preceptos evangélicos! ¡Que en todas partes, pero especialmente en los Santos Lugares de Palestina, vuelva cuanto antes la pacífica y serena tranquilidad! ¡Que las clases sociales, apagados los odios y sosegadas las discordias, se unan en la justicia, en la concordia fraternal! Finalmente, ¡que las ingentes multitudes de los necesitados saquen de su trabajo lo necesario para vivir honestamente y reciban los socorros oportunos y convenientes de la liberalidad y caridad de los más afortunados! ¡Vuelva, finalmente, la paz tan deseada a los corazones de todos, dentro de los muros domésticos, en cada una de las naciones de la universal familia de los pueblos; a los que padecen persecución por la justicia (Mat., 5, 10), no les falte aquella invicta fortaleza que fué ornamento de la Iglesia desde sus orígenes, mediante la sangre de sus mártires! ¡Que los prófugos, prisioneros y desplazados de sus propios hogares retornen cuanto antes a su patria dulcísima! ¡Que los que sufren por el dolor y por las penas se vean llenos

de los consuelos celestiales! ¡Resplandezca el pudor cristiano y florescan las virtudes cristianas en la vigorosa juventud, precedidos por el ejemplo de los de edad madura y de los ancianos!

Todos, por fin, gocen de aquella gracia celestial, que es prenda segura de la felicidad del cielo.

Ahora, amados hijos, no me queda más que invitaros a que vengáis a Roma en gran número durante el año del perdón. Decimos a Roma, que para los fieles de todas las naciones es como una segunda patria, donde puede venerarse el lugar en el cual el Príncipe de los Apóstoles fué sepultado después de su martirio; donde pueden contemplarse los sepulcros de los mártires, las célebres basílicas y los monumentos de la fe de nuestros antepasados y de su antigua piedad; donde se puede ver al Padre común, que, con los brazos abiertos, os espera con el mayor cariño. Ciertamente sabemos que los viajes no serán para todos fácilmente realizables, principalmente para quienes son pobres o viven en tierras remotas; pero si, cuando se trata de las necesidades de este mundo, muchas veces es tanto el empeño con que se lucha, que se consiguen superar todas las dificultades, ¿por qué no hemos de esperar que vengan grandes multitudes a esta Ciudad Eterna para impetrar las gracias celestiales, sin detenerse ante los sacrificios y sin asustarse ante las incomodidades? Hemos de pensar también, amados hijos, que estas peregrinaciones no habrán de realizarse con la misma mentalidad con que se hacen viajes de puro placer, sino con aquel espíritu de piedad que en tiempos pasados animaba a los fieles de todas las clases y de todos los pueblos a superar frecuentemente dificultades de toda especie y a venir a Roma para lavarse sus pecados con las lágrimas de la penitencia, pidiendo a Dios el perdón y la paz. ¡Despertad, pues, a la rancia fe y al intenso ardor de la caridad! De esta manera, con la gracia y con la ayuda de Dios, el gran Jubileo próximo procurará frutos ubérrimos de salvación a cada uno y a toda la sociedad cristiana.

Y para que esta carta llegue más fácilmente al conocimiento de todos, queremos que a sus copias, aunque sean impresas, con tal que estén firmadas por un notario público y provistas del sello de alguna persona investida de dignidad eclesiástica, se les preste la misma fe que se le prestaría a esta carta si se la pudiera exhibir y mostrar.

Ninguno, pues, se atreva a quitar valor o a oponerse con audacia temeraria a este documento de nuestra indicción, promulgación, concesión y determinación, y si alguno se atreviera a tanto, sepa que incurrirá en la indignación de Dios omnipotente y de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 26 de mayo del año 1949, XI de nuestro pontificado. — Pío PP. XII.

La devoción del Rosario beneficiosa en alto grado para la sociedad



«...Mas ahora, cual si escucháramos la misma voz de aquella amorosísima Madre, repetiremos: «CLAMA, NE CESSÉS», Nos es grato volveros a hablar acerca del Rosario; devoción que, si se practica como es debido, se manifestarán sus beneficiosos efectos no sólo sobre los particulares, SINO TAMBIEN, Y EN EL MAYOR GRADO SOBRE LA SOCIEDAD».

Véase en la pág. 353, el texto de la Encíclica «*Laetitiae Sanctae*».

El comunismo enemigo de Dios, de la religión verdadera y de la Iglesia de Cristo

La impiedad de los malos alcanza un grado increíble

Quizá no se encuentre a lo largo de la historia de la humanidad un momento, un periodo más acongojante, más angustioso, como el que, por la providencia de Dios, nos ha tocado a nosotros vivir: el de la lucha pública y descarada del comunismo ateo y militante contra Dios, Creador y Señor de los hombres y de los pueblos.

Jamás la maldad de una doctrina, de unos principios, había irrumpido en la sociedad universal con tanta desfachatez, con tanta premeditación y con tanta porfía como lo ha hecho el comunismo, a través de su profunda y extensa organización, en aquellos países que han caído inermes en sus brazos. No se trata ya tan sólo de discursos inflamados incitadores al odio y a la violencia, que más semejan palabras de orates que de personas responsables; no se trata tampoco de simples manifestaciones de un anticlericalismo primitivo y feroz, que con la antorcha en la mano incendia y destruye los templos donde se rinde culto al Dios verdadero; ni de burlas y denuestos esporádicos contra los ministros de Dios y los actos públicos que canalizan la devoción y fervor populares. No; el comunismo ha declarado e impuesto sin ambages ni pretextos, con la mayor frialdad y apelando a todos los crímenes, su espíritu de odio contra Jesucristo y su santa Iglesia, no retrocediendo ante ningún medio que pueda contribuir a debilitar la fe de los creyentes y conducirlos a la sombra del más negro y destructor materialismo.

Detenciones, asesinatos, procesos científicamente preparados, terror, deportaciones en masa, violencia física, acusaciones infames, todos los resortes en suma de que es capaz la inteligencia humana llevada a su máximo grado de perversión o diabólicamente inspirada, se vienen empleando en nuestros días en medio mundo, por un ejército inmenso de esbirros e incondicionales fanáticos, dirigidos, hasta en sus menores detalles, por el núcleo de siniestros personajes que en la penumbra y en la confabulación tratan de destruir el Reino de Dios sobre la tierra.

«Rara vez y acaso nunca —ha dicho S. S. Pio XII—, se ha recrudecido tanto como en nuestros tiempos la lucha entre buenos y malos... Si Nos, al dirigir a todas partes del mundo nuestra mirada desde esta atalaya del Vaticano, tenemos ciertamente que llenarnos de admiración y de gozo cuando contemplamos que las falanges de los buenos brillan con tales virtudes que evocan los primeros tiempos del cristianismo, principalmente por el mérito de la fortaleza y por la gloria de los mártires, también, por el contrario, nos sentimos invadidos por la tristeza y por la angustia cuando percibimos que *la iniquidad de los malos ha llegado a un grado de impiedad increíble y enteramente desconocido en otros tiempos*» (1).

Cual sea esa iniquidad que ha alcanzado extremos ver-

daderamente inconcebibles, nos la declara a renglón seguido el propio Pontífice:

«Nos causa horror tener que referir este delito, pero por el deber de nuestro cargo apostólico nos es imposible callar. Este descuido y menosprecio, que fué el primer delito del hombre al rebelarse contra el divino mandato, es la fuente más turbia de todos los males, y en los tiempos actuales se introduce y ensaña como enfermedad virulenta por casi todas las partes de la tierra, pero sobre todo en algunas regiones, a causa de la «conjuración levantada contra el Señor y contra la Iglesia...» Nos referimos al ateísmo. Más aún: al odio contra Dios. Provistos de recursos inmensos y teniendo en su poder instrumentos eficaces de difusión y propaganda, los enemigos de Dios, inspirados por el padre de la mentira, por el «homicida desde el principio» (2), luchan infatigablemente para conquistar las almas y despertar en los corazones sentimientos blasfemos contra el Omnipotente. «Con la suma impudicia que les caracteriza—añade el Papa—, los que odian a Dios echan mano de todo género de armas y recursos, de libros, folletos, publicaciones, periódicos, emisiones radiofónicas, mítines, reuniones públicas y conversaciones privadas, ciencia y arte; de todo se sirven para infundir el desprestigio de las cosas sagradas».

¿Cómo se realiza esa campaña de difamación y mentira? ¿Es posible que el sólo entendimiento humano sea capaz de imaginar con tal amplitud y tanta astucia un despliegue similar de medios para arrojar, si fuese posible, a Dios fuera del mundo?

«Creemos en verdad—es la palabra del Papa la que así se expresa—que esto no sucede sin la insinuación engañosa del enemigo infernal, de quien es propio odiar a Dios y hacer daño a los hombres» (3).

«... Seréis odiados por todo el mundo por amor de Mí»

Variados son los sistemas empleados por el comunismo en su lucha contra la Iglesia. Atendiendo a las especiales condiciones de cada nación y atemperando sus planes a las posibilidades de cada momento, ora se muestra violento sin disfraz; ora trata de desacreditar a los pastores con acusaciones de tipo político o achacándoles vulgares delitos; ora, en fin, se cubre cautamente con piel de oveja para ocultar mejor sus rapaces instintos.

Lo que está sucediendo en los países de la Europa dominada por la horda roja, puede ilustrarnos sobre la astucia de los modernos perseguidores y su diabólica adaptabilidad a las distintas circunstancias.

Veamos en una brevísimas ojeada el modo de comportarse el comunismo ateo, en su acción persecutoria contra la verdadera religión, en algunos países más terriblemente castigados por la horda.

En Rumanía se desencadenó desde el primer momento

(1) Pio XII. Exhortación apostólica, 11 de febrero de 1949. Véase CRISTIANIDAD, núm. 121, pág. 156 y ss.

(2) Juan, 8, 44,

(3) Pio XII, Exhort. cit.

una guerra, declarada contra la religión verdadera y contra sus ministros y los fieles en general. Comenzó, en primer lugar, atacando a la Iglesia Rumana Unida (grecocatólica), dejándose momentáneamente en paz a la Iglesia latina, por pertenecer a ella la gran masa de población húngara radicada en Transilvania, que por decisión de las grandes potencias fué reincorporada a Rumania.

La persecución contra los Obispos y sacerdotes de rito oriental fué llevada a cabo con todas las presiones y violencias al uso, a fin de obligarles a entrar en masa en el seno de la iglesia cismática. El Episcopado levantó su voz para poner en guardia a todos los fieles contra las tentativas monstruosas de los enemigos de Dios. «No os dejéis engañar—amonestaba el Obispo de Alba Julia—por palabras, delegaciones, noticias y mentiras, sino estad firmes, inmutables y constantes en la fe, por la cual dieron su sangre nuestros mayores y antepasados. No pongáis vuestras firmas bajo ninguna declaración por la cual se os pide que abandonéis la fe de vuestros padres. Seréis amenazados, golpeados; seréis llamados ante los jueces y tribunales. No tengáis miedo, Dios está con cada uno de nosotros y no nos dejará que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas» (4).

El gobierno de Ana Pauker no titubeó en el empleo de la fuerza más brutal para conseguir sus designios: las iglesias y conventos fueron incautados; los Obispos y párrocos encarcelados y atormentados. Se cumplían los temores expresados por el mencionado Prelado al instruir a sus diocesanos: «Si os dejan sin Iglesia, refugiad a Jesús en vuestras casas, como lo hicieron los primeros cristianos, cuando los emperadores paganos derrumbaron sus iglesias y quemaron los libros sagrados» (5).

Después de la Iglesia griega, la Iglesia latina ha sufrido idéntica persecución e idéntico martirio. Con un simple decreto, el comunismo se ha apoderado de todos los bienes eclesiásticos y ha «depuesto» y llevado a las cárceles a los Obispos y sacerdotes, fieles seguidores—como escribía Mons. Suciú—de Cristo Rey.

En Hungría y Yugoslavia, la lucha no ha sido llevada con la rapidez y crueldad expeditiva de los comunistas rumanos. Hungría, nación eminentemente cristiana, y Yugoslavia que encierra dentro de sus fronteras a los pueblos de Croacia y Eslovenia, de vieja raigambre católica, no han podido ser tratadas con los métodos brutales de otros países. En los dos estados, se ha montado un proceso espectacular contra la figura más representativa de su respectivo episcopado: Mons. Stepinac, primero, y el Cardenal José Mindszenty, más tarde, hubieron de comparecer ante los tribunales comunistas para responder de unos delitos que jamás cometieron. La traición contra el país y la especulación con moneda extranjera, son los «crímenes» por los que ambos prelados sufren hoy la pena de presidio.

El objetivo, en ambos casos, de los comunistas, fué el de aterrorizar y coaccionar a los demás prelados y a la población católica, pero en ningún momento han conseguido sus turbios propósitos. Muchos sacerdotes han sido y continúan siendo detenidos; los actos públicos religiosos se ven con frecuencia prohibidos o salvajemente interrumpidos. Por todas partes bulle la persecución solapada, la intimidación violenta y, en ocasiones, el asesinato y el destierro. El Estado ha nacionalizado las escuelas católicas y trata de «educar» a la juventud en las máximas y principios del materialismo más feroz.

El heroísmo cristiano del Cardenal Mindszenty resume la actitud del Episcopado en los países esclavos

(4) Carta de Mons. Suciú, 5 de octubre de 1948. Véase CRISTIANDAD, núm. 118, pág. 87.

(5) Carta de Mons. Suciú, 13 de octubre de 1948. CRISTIANDAD cit., pág. 86.

de la organización comunista. «Estoy en pie—escribía poco antes de su detención—, por Dios, por la Iglesia y por la Patria; porque éste es el deber que me impone el servicio histórico de mi pueblo, el más desamparado en el mundo entero. Junto al sufrimiento de mi nación no tiene importancia mi propia suerte» (6).

Muy otra es, al parecer, la táctica comunista en Checoslovaquia, por lo menos hasta el momento. La persecución se ha iniciado allí con cierta lentitud, aun cuando en Eslovaquia haya adquirido caracteres trágicos con la deportación de importantes núcleos católicos a las tierras ocupadas hasta hace poco por los alemanes sudetes, expulsados, a su vez, de sus hogares. En el país checo, el gobierno ha contado con la ayuda de un partido que pretende llamarse católico, el partido popular checoslovaco presidido por el ministro de transportes Alius Petr, con la colaboración de algún otro miembro del gobierno que, desobedeciendo las órdenes de la jerarquía, apoya los proyectos comunistas.

Una de las primeras medidas del régimen implantado en febrero de 1948, fué la supresión de las fiestas religiosas de precepto, obligándose a la población a trabajar durante los mencionados días. Ultimamente, el gobierno de Gottwald ha tratado de sembrar la confusión creando una engañosa «Acción Católica Checoslovaca» y publicando la «Gaceta del Clero Católico», todo ello con la finalidad de crear una nueva iglesia nacional «sin sus obispos actuales y renunciando a la suprema cabeza en Roma» (7). Siguiendo tales iniciativas, los comunistas, al tiempo que ponen toda clase de obstáculos a los actos públicos de culto y a las peregrinaciones, organizan visitas colectivas a los santuarios más insignes del país, con asistencia de Gottwald y sus secuaces.

La maniobra comunista en Checoslovaquia no ha producido, gracias a Dios, los resultados que esperaban sus iniciadores.

El reciente Decreto de la Congregación del Santo Oficio, al declarar que el comunismo se muestra, con la teoría y en la acción, hostil a Dios, a la religión verdadera y a la Iglesia de Cristo, y que, por lo tanto, todos los que con él colaboran incurren «ipso facto», como apóstatas de la fe, en la excomunión reservada de modo especial a la Sede Apostólica (8), ha abierto seguramente los ojos a muchos que, con mayor o menor buena fe, defendían la posibilidad de colaborar activamente con el comunismo, sin renunciar por ello a su condición y a sus deberes de cristianos; olvidando la gran advertencia de Pío XI: «El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno, los que quieren salvar la civilización cristiana» (9).

Sea como sea, el comunismo empleando diversos métodos e instrumentos, trata de descristianizar a los pueblos que tiene actualmente bajo su poder. En media Europa y en muchas regiones de Asia, se vienen cumpliendo, en nuestros días, las palabras proféticas de Nuestro Señor Jesucristo: «...se apoderarán de vosotros y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza a los reyes y gobernadores por causa de mi nombre... Y seréis entregados por vuestros mismos padres y hermanos, y parientes; y amigos, y matarán a algunos de entre vosotros, y seréis aborrecidos por todo el mundo por amor de Mi» (10).

(6) Cardenal José Mindszenty, Pastoral de 18 de noviembre de 1948. Véase CRISTIANDAD, núm. 117, pág. 67.

(7) Carta del Arzobispo de Praga, Mons. José Beran, al jefe del partido popular checoslovaco, 17 de mayo de 1949.

(8) Decreto de la Congregación del Santo Oficio de 1.º de julio de 1949. (Véase el texto del Decreto en la pág. 360 de este número).

(9) Pío XI. Enc. *Divini Redemptoris*.

(10) Lucas, 21, 12 y 16-17.

Jesús vencerá por el Inmaculado Corazón de María

En su alocución al Colegio Cardenalicio del 2 de junio del pasado año, con motivo de su onomástico, Su Santidad el Papa Pío XII, pronunció las siguientes palabras: «En un tiempo como el nuestro, agitado y agitador, en un tiempo en que la verdad y el error, la fe en Dios y la negación de Dios, la supremacía del espíritu y el predominio de la materia, la dignidad humana y la abdicación de esta dignidad, la ordenación de la razón y el caos de la irracionalidad se enfrentan en toda la superficie del globo *en lucha definitiva*, la misión de la Iglesia y de su cabeza visible no puede desarrollarse ni cumplirse con la bendición del cielo sino bajo el lema «*Terrena non metuit*». ¡Tener miedo! ¿Y qué? Entonces, ¿es que no somos fuertes? ¿Es tal vez imposible superar el choque entre los discípulos y los enemigos de Cristo? La Iglesia—agrega el Papa—sufre pensando en el daño que sus adversarios se hacen a sí mismos, en el daño que hacen a tantas almas pequeñas, frágiles e ignorantes, a las que son causa de escándalo y de ruina. Por sí misma no teme; más bien tan íntima convicción de su propia seguridad no sirve más que para reavivar el ardor de los discípulos de Cristo e imprimir en ellos con mayor viveza y profundidad la conciencia de su propia fuerza» (11).

¿Por qué temer si tenemos con nosotros a Jesucristo? ¿Acaso no nos proporciona la Iglesia los medios adecuados para luchar y salir triunfantes en esta desigual batalla contra los hijos de las tinieblas?

Recordaba el Papa Pío XI en su Encíclica sobre el comunismo, la advertencia dada por Cristo Nuestro Señor: «Cuando los Apóstoles preguntaron al Salvador por qué no habían podido librar del espíritu maligno a un endemoniado, les respondió el Señor: «Tales demonios no se lanzan más que con la oración y el ayuno». Y aplicando Su Santidad las enseñanzas evangélicas a los peligros derivados de la amenaza del comunismo ateo y perseguidor, añadía: «Tampoco podrá ser vencido el mal que hoy atormenta a la humanidad sino con una santa cruzada universal de oración y de penitencia» (12).

Y el Papa felizmente reinante, después de calificar la oración de «arma poderosísima», añadía: «Pero a cualquier acto o práctica de piedad supera el sacrificio eucarístico, que de manera incruenta perpetúa la cruenta inmolación de Cristo en el patíbulo de la Cruz y hace que de El se derramen sobre los hombres, ubérrimos frutos de salvación... Porque si el ateísmo y el odio contra Dios es un pecado gravísimo, con el que está

infectado el presente siglo y por el cual merece formidables castigos, con la efusión de la sangre de Jesucristo contenida en el cáliz de la nueva alianza, podemos, pidiendo clemencia para los culpables, lavar tan execrable crimen, destruir sus consecuencias y preparar, por fin, un magnífico triunfo de la Iglesia» (13).

Tenemos, en fin, la protección de la Santísima Virgen, a la cual debemos pedir su intercesión soberana, para que «así como un día aplastó la cabeza de la antigua serpiente, así también sea hoy segura defensa e invencible *auxilio de los cristianos*» (14).

A ella dirigen sus miradas y elevan sus corazones millones y millones de hermanos nuestros que en las cárceles, en los trabajos forzados y en la vida diaria, sufren persecución por la justicia. A ella hemos de pedir devotamente en el Santo Rosario, que sea escudo de nuestra santa fe, fortaleza de los perseguidos, esperanza de los que gimen en la opresión y en las cadenas, y defensora de los pueblos cristianos.

«Desde que la Virgen Inmaculada fué elevada al pínaculo de la gloria—explica León XIII—ella comenzó a velar constantemente por la Iglesia y a otorgarnos su maternal protección; de tal modo que después de haber sido cooperadora de la obra maravillosa de la redención humana, ha venido a ser la dispensadora de las gracias, frutos de esa misma redención, habiéndosela otorgado para ello un poder cuyos límites no pueden columbrarse. Por esta razón, las almas cristianas se sienten naturalmente impulsadas hacia María; por esta razón comunican a esta Madre amantísima sus pensamientos y sus designios, sus alegrías y sus tristezas; y en todas las vicisitudes de la existencia confían en ella y en su protección soberana; por esta razón se elevan a María interminables alabanzas en todas las naciones y en todos los ritos, que van multiplicándose a través de las edades» (15).

«Bien es verdad—nos lo anuncia el celeste mensaje de Fátima—la Iglesia, sus Pastores e hijos, tendrán que sufrir»; pero también es cierto que el Corazón Inmaculado de María es prenda segura de la victoria de la Iglesia contra los enemigos de Dios.

Como escribía a sus diocesanos un ilustre Prelado, en las horas amargas de la persecución, «Jesús vencerá por el Corazón Inmaculado de María, aun cuando quedáramos poquísimos sacerdotes y seglares, fieles a la Verdad y a la Vida» (16). Esperamos, por ello, llenos de fe, la ayuda del Corazón Inmaculado; pongamos nuestras esperanzas en el poder y en la misericordia de Dios.

José-Oriol Cuffi Canadell

(11) Pío XII. Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio, 2 de julio de 1948.

(12) Pío XI. Enc. *Divini Redemptoris*.

(13) Pío XII. Exhort. cit.

(14) Pío XI. Enc. cit.

(15) León XIII. Enc. *Adjutricem populi*.

(16) Carta de Mons. Suciú, cit.

El incrédulo no puede regir ni puede ser regido más
que con el temor y con la fuerza.

PIO XII. Discurso a las mujeres de la A. C. I. (31 de julio de 1949)

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

CATOLICISMO O BARBARIE, por José-Oriol Cuffi Canadell. Prólogo de Fernando Serrano, Director de «Cristiandad». Ediciones Ariel, S. L. Barcelona, 1949.

El nuevo libro de José-Oriol Cuffi viene dividido en cuatro partes. Y en ellas estudia los problemas de la postguerra, la organización de la paz, los enemigos de la sociedad y, finalmente, el camino hacia la verdadera paz.

Ante los ojos del lector desfilan Francia, Polonia, Alemania, Inglaterra, Italia, los Estados Unidos, con sus problemas actuales, palpitantes, y los necesarios antecedentes, sin los cuales no son comprensibles las situaciones creadas hoy en dichos países. Y todo ello estudiado de una manera que podríamos llamar *nueva*, pero que no lo es.

No es contrasentido lo que decimos. El modo con que Cuffi estudia los problemas nacionales y mundiales es, verdaderamente, *nuevo*. Porque es objetivo; porque es, incluso, imparcial y desapasionado; porque mira las cosas a través de la luminosa celosía de las realidades indudables y de la verdad católica. Porque la trayectoria del pensamiento de Cuffi no se presta a confusionismos en campos donde todo es confusión. Porque Cuffi sabe ver claro y sabe encontrar las líneas rectas (¡y las sinuosas!) en el revuelto «puzzle» del panorama mundial de nuestros días.

¿No es ésta una *nueva* manera de ver las cosas? ¡Cuán bien harían a la humanidad una falange de escritores de este estilo, colocados frente y por encima de un periodismo que, incluso, desgraciadamente, en el campo católico, sirve a bastardos intereses, al confusionismo imperante, a la desorientación actual, cuando no a partidismos inconfesables o a ocultos designios!

Y ese mérito *nuevo* de José-Oriol Cuffi tiene su fundamento en algo muy sencillo, muy humilde, pero que resalta sobre la loca soberbia de los tiempos presentes: Poner su pluma al servicio de la Verdad y del Bien. ¡Mérito *nuevo* en una época hecha a la Mentira y al Mal! Pero, a la par, modo *viejo*; tan viejo como la humanidad que hoy olvida instantáneamente las lecciones de ayer, de hace una hora, y cuando alguien le habla como Cuffi lo hace, abre desorbitadamente los ojos y exclama: «¡Sí! ¡Es así! ¡No puede ser de otra manera! Ahora comprendo claramente el porqué de las cosas, la razón de los acontecimientos, la explicación de lo confuso, la causa de tanto error funesto.»

Tras la postguerra, el mundo trata de organizar una paz. José-Oriol Cuffi nos expone en su libro los intentos realizados, sus fallos fundamentales y aun nos dice cuáles son los enemigos de la paz y de la sociedad.

Terminada la guerra en 1918, una Sociedad de Naciones era la puerta de un soñado edén de paz fructífera y perdurable. Fracasó, impotente, y los pactos regionales quisieron asegurar una paz que se rompió con el inicio de una más grande y más prolongada catástrofe. Las Naciones Unidas prometieron un mundo «democrático» y «libre del miedo», una paz estable y sempiterna. Revueltas por doquier, miserias sobre miserias, guerras amenazadoras, países enteros que pierden su independencia, conflictos insolubles. Grecia, Palestina, China, Viet-Nam... Los grandes aliados se convierten en grandes enemigos

(al menos en apariencia): Plan Marshall, Unión Occidental, Pacto del Atlántico... ¿Confía sinceramente la humanidad en estas últimas soluciones? ¿No son ellas, en el ánimo de casi todos, una defensa o una preparación para la próxima guerra? ¿Dónde está la paz?

Para ir hacia la verdadera paz hay que romper primero con una serie de falsos prejuicios y tópicos erróneos. Acaso el principal de ellos sea el que valientemente expresa el concienzudo prologuista de «*Catolicismo o Barbarie*», nuestro Director Fernando Serrano: «*Una vez más venimos a sostener que, cual nunca, vivimos tiempos de lucha de principios, no de intereses (...). Son las ideas las que marcan el cauce de la Historia, y esas ideas siguen haciendo historia en nuestro tiempo. Por las ideas y sólo por las ideas se perfila la razón de pugnas y actitudes.*» Quién así no lo crea, aunque le duela la afirmación, se engaña tontamente. Y se asemeja al vistoso lorito, que repite cuanto oye sin pensar lo que dice.

Vencidos los prejuicios fundados en los falsos tópicos de moda, habrá que reconocer que el camino hacia la paz no es el que trazan la O. N. U., ni las «Uniones», ni los «Pactos». Una doble experiencia (las dos últimas grandes guerras) y el angustioso panorama actual del mundo, sobran y bastan para afirmar rotundamente que no se sigue por los senderos que conducen a la ansiada paz. ¡Que es mera utopía, sueño quimérico con despertar trágico, el confiar que la paz se alcanzará por esos derroteros!

Y en contraposición, ante el estruendoso fracaso de los remedios puramente humanos, más y más cabe afinarse en la idea de que «*no se ha realizado la paz porque el espíritu de Cristo no ha presidido las deliberaciones entre los estados; porque el Papa no ha sido tratado como verdadero Padre; porque el Vaticano, lejos de ser la casa madre de la humanidad, «es» un estado neutral y, en este concepto, se le ha tratado; porque no ha habido respeto para la sede del mundo católico, y, finalmente, porque muchos han desvirtuado el verdadero alcance de la palabra «cristiano», usándola como término propagandístico, con funestísimas consecuencias.*» Así habla José-Oriol Cuffi en la última parte de su obra, aleccionadora, sustantiva, primordial.

Recordándonos luego a Pío XI cuando dijo: «*No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo, y no podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el reino de Cristo.*» Declaración trascendental corroborada posteriormente por el Papa Pío XII, gloriosamente reinante: «*El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor, son la única vía de salvación.*» Y al reino de Cristo, portador de la paz, hay que llegar por devoción al Corazón de Cristo, fuente del amor que hoy falta a los hombres, a la sociedad y a los estados.

¿Utopía tales afirmaciones? ¿Utopía creer en ellas? ¿Utopía sostener que el programa trazado por el Sumo Pontífice es el único que puede devolver la paz al mundo? Seamos consecuentes. Somos cristianos. Y el reino de Cristo lo invocamos continuamente en el «Padrenuestro». ¡Y el Papa es Vicario de Cristo! Decir que sus palabras son utopía, equivale casi a decir que el cristianismo es utopía.

Luis Luna

LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por *Andrés Fernández Trujols, S. I.* (Colectánea Bíblica 3). Madrid, 1948. Biblioteca de Autores Cristianos. 19x13 cm. LV-611 pp., 40 pías.

Siempre ha sido y será posible escribir *otras* «Vidas» de Jesucristo, que tengan un interés de *novedad* dentro de la inmutable unidad de su tema divino. Es insondable el fondo de riqueza doctrinal de los Evangelios, fuente primera y casi única de todo estudio biográfico sobre el divino Salvador. Progresiva cada día en amplitud el tesoro documental de las ciencias auxiliares de la Exégesis: Arqueología, Geografía antigua, Filosofía semítica y del Griego popular, Cronología, Historia de los hechos y de las ideas contemporáneas al siglo de la Redención. El «gusto» piadoso y literario del público lector no es siempre durable, ni es igual en sus diversos estratos de formación cultural, ni es de la misma frecuencia la vibración de sintonía que ha de resonar en los no concéntricos círculos de fervor, indiferencia o aversión con respecto a la figura central del libro: Cristo.

Por eso hay que saludar siempre con alborozo la publicación de otra Vida de Jesucristo, a condición de que sea fruto sazonado de inteligencia y de amor. Y la del P. Fernández lo es en grado excelente: ideas de precisión geométrica, transparencia diáfana en las palabras, religioso fervor de piedad serena. Sin eclecticismos de erudición a medio asimilar, ni efectistas exhibiciones de estilo, ni metódicas aparencias de impasibilidad afectiva con fines apologeticos de resultado a veces algo discutible.

No hacemos la crítica de la obra mencionada: sería una irreverencia ante la autoridad venerable de un anciano que ha consagrado todas las actividades de toda su vida científica al estudio de las Sagradas Escrituras en su mejor ambiente, que es el Pontificio Instituto Bíblico, ya en Roma ya en Jerusalén. Tampoco prodigamos alabanzas, que no agradecería la sincerísima humildad del maestro. La única función de estas líneas es *presentar la obra*, con palabra concisa de esquema, aunque con la amplitud que merece su no común calidad.

PREPARACIÓN. Se empezó y redactó substancialmente hace bastantes años. La ha revisado a fondo el autor antes de su publicación. Libro, por tanto, reflexivo, sin los defectos de la improvisación y sin las características de «actualidad» propias de una obra redactada para un determinado momento de la vida religiosa de un pueblo.

PÚBLICO. No es la «masa», ni propiamente el «pueblo» en su sentido corriente de inferioridad cultural. Tampoco los especialistas, aunque para unos y para otros puede ser muy útil. Habla al cristiano católico de formación religiosa completa. Sin exclusivismos, caen dentro del círculo específico de lectores el sacerdote y el seglar universitario o de instrucción media ya adquirida.

FINALIDAD. Dar a los lectores mencionados una síntesis clara, breve y sencilla de cuanto bueno han dicho los hombres de ciencia, sin parar mucha atención a lo malo o inútil. No es un libro «científico». Tampoco de «divulgación». Es un género que podríamos definir «de información científica». Pero no fría ni académica; porque también el hombre de ciencia católico tiene corazón (mayores títulos le obligan a ejercitarlo más que otros), y, cuando habla de Jesucristo, es muy científico que al reflejo intelectual de la mente vibren de amor sereno sus palabras.

CONTENIDO. La *Introducción* constituye un conciso tratado de Geografía palestinese y de Historia político-social-

religiosa de los tiempos del Nuevo Testamento. Más que libro de lectura son apuntes para una clase, y como tales deben estimarse y aprovecharse.

El cuerpo de la obra distribuye el material evangélico a través de un sistema cronológico de Infancia, Vida escondida y Vida pública de dos años completo o tres incompletos, de últimos del año 27 a la primavera del 30. En esta parte principal podemos distinguir la *exposición* del texto evangélico, las *aplicaciones* ascéticas y los *estudios complementarios* para ilustrar la palabra bíblica, propios de las ciencias auxiliares como son la Topografía, la Crítica textual y literaria, la Arqueología, etc.

La exposición del texto evangélico se caracteriza por su objetividad y transparencia. Transcribe casi todo el texto inspirado por el Espíritu Santo (preferiríamos poder borrar el «casi», de valor cuantitativo por cierto insignificante), y lo comenta con sobria claridad. Las cuestiones difíciles se desarrollan con amplitud y tecnicismo científico, en forma de pequeños «excursus» dentro del mismo texto, con letra más pequeña, de forma que puede omitirse sin cortar la continuidad substancial de la lectura. Sirvan de modelo, v. gr., la explicación de «Pax hominibus *bonæ voluntatis*» en el canto angélico de Navidad, y el «*Quid mihi et tibi, Mulier?*» de las bodas de Caná. Las explicaciones ascéticas se toman, con frecuencia, a la letra de textos litúrgicos o de los autores españoles Cardenal Gomá y Padre Vilariño. Ejemplo de modestia y de imitable deferencia para con los escritores modernos de nuestra Patria, que han dicho a veces cosas tan interesantes o más que los de otras partes, aunque sea costumbre inconsciente de algunos el no citar más que los últimos. Que también a éstos conoce a la perfección y utiliza el P. Fernández lo muestran sus innumerables referencias bibliográficas esparcidas por toda la obra. Muchas veces la corriente ascética corre por cauces propios, y entonces se refleja en sus aguas el fino perfil espiritual del autor, que por respeto no queremos delinear, aunque pudiéramos hacerlo. Frases que son capítulos de consideración: «El silencio es la fuerza de las almas grandes, que concentran sus energías y no las dispersan, y por esto son fuertes y magnánimas; en el silencio se comunica Dios» (p. 79; la misma idea se repite con frecuencia). Páginas que son un tratado de dirección espiritual, más profundas de lo que la sencillez del estilo sugeriría a un lector superficial, v. gr. pp. 165-166.

Lo más propio y lo que da carácter individual a la obra desde el punto de vista científico son sus explicaciones acerca de la topografía del país de Jesús. Precisión, interés, erudición minuciosa al explicar los lugares y caminos del Evangelio. Fruto de muchas lecturas y, sobre todo, de la observación y estudio directo durante largos años, casi una vida entera, de permanencia e incesante peregrinación en y por toda Palestina. Puede decirse de esta Vida de Jesucristo lo que de pocas: ni un solo dato topográfico se consigna que no haya sido verificado personalmente por el autor sobre el terreno. Y lo mismo que de Cristo, puede afirmarse de su Patria humana: no se advierte en la obra sólo un claro conocimiento, sino un amor ardiente, apasionado, que arranca a veces de la pluma fragmentos del más exquisito sabor literario. V., por ejemplo, pág. 144-145.

ILUSTRACIÓN. Complemento valioso de las enseñanzas geográficas son las fotografías que, en número de ciento sesenta y cuatro, ilustran la obra, además de veintiséis delineaciones de mapas, planos, itinerarios o diseños. Supe- ra, pues, en cantidad de documentación gráfica a la magnífica y justamente ponderada edición italiana de Ricciotti, y no le es inferior en originalidad, pues la mayor parte de las fotografías son personales del autor. Reunido todo ello en orden sistemático, y gracias a las jugosas anotaciones al pie de cada una, constituiría un

verdadero tratadito intuitivo de Geografía palestinese. Lástima que un buen «índice de grabados» no facilite este trabajo al estudiante curioso.

Pero toda esta riqueza, apenas igualada en calidad intrínseca por otras Vidas de Jesús modernas, es prácticamente un «tesoro escondido» por la deficiente, inaceptable presentación tipográfica, que ni convida a la lectura del texto, ni da realce alguno a las ilustraciones, casi siempre demasiado pequeñas y jamás nítidas y vigorosas. Debemos agradecer cordialmente a la Editorial el precio infimo de la obra dadas las agobiantes dificultades de los tiempos actuales. Es un ejemplo muy laudable de acertada orientación en el apostolado de la prensa culta. Pero convendría dar con una solución (otros sugerirán cuál pueda ser), para adornar el libro con el necesario complemento de una presentación sugestiva sin arrancarlo de la esfera de posibilidades económicas de quienes deban y quieran leerlo.

ESTILO. Claro y límpido como el agua, que permite ver a través sin que ella misma se vea. Aparece Cristo en toda su inefable sencillez, y desaparece el escritor. Tal ha sido el ideal consciente del P. Fernández. Es lógico

que ha de complacer a quienes gustan de la transparencia del agua más que de la fosforescencia de un estilo reflejo. Tal vez no tanto a los otros. Tampoco hay que olvidar que en una obra de este género no hay que conceder la primacía del valor a la forma, sino al contenido, que por su excelencia ofusca el interés accidental del ropaje literario.

Hemos expuesto con sinceridad nuestro modesto parecer acerca de la obra del P. Fernández, libro acariciado por la ilusión apostólica y científica de una larga existencia de virtud y trabajo. A través de estas líneas hemos dado satisfacción implícitamente a determinados reparos manifestados en conversaciones privadas. Sólo nos resta consignar nuestra satisfacción de que exista en original español una «Vida de Jesucristo» digna de estar en la línea de las mejores modernas por su valor intrínseco, y agradecer al P. Fernández su aportación a nuestro tesoro cultural, con augurios de que sirva para acrecentar mucho la gloria de Cristo. Enhorabuena también a la Editorial Católica y a los directores de la Biblioteca de Autores Cristianos (B. A. C.), que han merecido insertar esta nueva obra en su exquisitamente selecta colección.

Isidro Gomá Civit, Pbro.

Mis recuerdos del «Monte Athos»

«En la misma "Montaña Santa" de Grecia, en los conventos rusos hay monjes comunistas, como pudo apreciarse en la recepción tributada a Karmanov, secretario de la Embajada soviética.»

«Oriente», n.º 29, Septbre.-Octbre. 1948.

Se divisa desde muy lejos... Se yergue blanco, cónico, horadando el cielo turquesa con sus dos mil metros de roca calcárea y mirándose con soberbia en las aguas azules del mar Egeo.

Llamábanle Ἀκτῆ los antiguos griegos, después le dieron el nombre de Ἄγιον Ὄρος, transformándolo en Athos más tarde y denominándole Montecinto los pescadores italianos.

Forma parte del gran macizo que se adentra en la península con su cresta de 50 kilómetros, remedando la osamenta de algún gigantesco cetáceo echado en una región desértica y árida.

Por doquier sólo se ven rocas blanquecinas y blanca arena, y sólo de vez en vez manchas oscuras señalan donde crecen unos arbolitos raquíuticos, quemados por el sol. Pobre en fauna y en flora, este rincón de la Calquida largo tiempo permaneció abandonado sin caminos ni veredas que condujesen a él. Hasta los pescadores evitaban su costa inhóspita llena de peligrosos arrecifes y abrojos, bañados por aguas inquietas, con calmas engañosas, siempre prontas a encrespase y a precipitarse con furiosos bramidos contra las rocas.

En días de tormenta nubes negras se deslizan por la cresta roqueña, dardos de fuego surgen con fragor del

cielo movedizo, aulla el viento en los desfiladeros y diríase que todo el monte obra en poder de las potencias diabólicas.

En un día así pereció en aquellas aguas toda la flota del valiente Mardonio y desde entonces los marineros, apenas divisan la blanca mole del monte, se apresuran a desplegar las velas y a virar en redondo para alejarse del peligroso paraje.

Y sin embargo, encontré un hombre, desengañado de la vida y de los hombres, que decidió esconderse del mundo en aquella soledad.

Este hombre era Pedro el Ananías, un soldado griego que se había salvado de las prisiones sarracenas y que no encontrando aliciente alguno en Atenas, ni en Roma, se hizo monje y anacoreta del monte Athos en 842.

Su ejemplo fué seguido por otros que tampoco se decidían a convivir con sus semejantes y entre las blancas rocas del monte empezaron a asomarse cada vez con mayor frecuencia las oscuras y calladas siluetas de unos ermitaños.

En 862 llegó al monte Eutimio de Tessalónica (Nictas), quien construyó allí una capilla que denominó «Lavra» y fué varón de vida realmente ejemplar.

Otros hicieron lo propio, erigiéndose más capillas y también hubo monjes que se juntaron formando monasterios, siendo el primero el que fundara Juan Kolovós en tiempos de Basilio I.

A poco se multiplicaron en la península monjes y ermitaños; éstos viviendo en cuevas en lo alto de la mon-

taña y sufriendo grandes privaciones; aquéllos, estableciéndose al pie, en monasterios y disfrutando de comodidades.

En poco tiempo toda la península estuvo llena de monasterios y "lavras" y a fines del siglo XI ya pasaban de los 300, entre grandes y chicos. La Lavra principal albergaba a más de 700 monjes y también se contaban a cientos los que vivían en otras, tales como el "Votopedi", el "Iveron" o el "Chiliandor" que tenían aspecto de palacios y de castillos medievales.

Los monjes italianos, es decir, los "latinos", vivían separados de los griegos en un monasterio llamado "Amalfitano" y no congeniaban con sus vecinos.

El Consejo de Igúmenos, donde eran frecuentes los escándalos, fué disuelto en 1045 por orden de Constantino Monómaco. Vino un segundo "typicon" que brindó a los ermitaños cierta independencia pero no resolvió el difícil problema de la concordia. El antagonismo entre los monasterios no cesó ni siquiera al convertirse el Amalfitano en ruinas y hubo necesidad de un tercero "typicon", que llegó bajo los auspicios de Manuel II Paleólogo en 1392. Pero ya con el último emperador latino de Constantinopla el Catolicismo del Athos debió capitular ante el "non serviam" de Cerulario... (*).

Yo había leído lo que antecede en unos folletos de origen "bizantino", durante la travesía desde El Pireo a Corfu. En estas ediciones se criticaba la actitud de los "latinos" (es decir, católicos) y se ensalzaban los monjes griegos y rusos. Presentaban al Monte Athos como el centro cultural ortodoxo de mayor importancia, loando la vida ejemplar de monjes y ermitaños como la consecuencia de las más altas virtudes cristianas.

Entonces no me interesaba especialmente por estas cuestiones, pero pronto se produjo un hecho que me obligó a recordar lo leído así como otras muchas cosas relacionadas con el para mí enigmático monte.

Algunos de estos recuerdos pertenecen a mi infancia, otros son mucho más recientes, pero yo procuraré unirlos como pueda, aunque con las inevitables lagunas cronológicas.

Mi primera impresión

Mi primera infancia transcurrió en Moscú, en mi casa paterna. Nuestra casa era grande, señorial, con amplias y numerosas estancias, ancho patio y un extenso jardín que lindaba con otro aun más grande y frondoso. Había tan-

(*) Al terminar la primera guerra Mundial, redactóse un estatuto en los siguientes términos:

1) El Monte Santo estará gobernado en la parte civil por un comisario griego, dependiente del Ministerio del Exterior.

2) Eclesiásticamente dependerá no del Metropolitano de Atenas, sino del Ecueménico de Constantinopla que, a su vez, delegará todos sus poderes en los Epistatos.

3) Se conservará el régimen tradicional con sus veinte monasterios mayores.

4) De los veinte monasterios serán elegidos los Epistatos por mayoría de votos.

5) Será libre el paso de los monasterios de rígorosa vida cenobítica, a los de sistema idioritmico y viceversa.

6) Todos los monjes extranjeros habrán de nacionalizarse en Grecia, pero dependerán en absoluto del Ministerio del Exterior.

ta verdura allí que en verano no había necesidad de trasladarse al campo. Yo entonces tenía unos ocho años. Era huérfano de madre; mi padre solía realizar largos viajes por el extranjero, de modo que mi educación fué confiada a una aya anciana.

Así los días transcurrían uniformes y yo correteaba por el jardín con un amigo llamado Illucha; trepábamos a los árboles, nos dábamos coscorrónes y regresábamos al atardecer despeinados, destrozados los calzones y cubiertos de arañazos, por lo que yo recibía las pertinentes reconvenciones de mi buena y querida viejecita.

Pero ya anochecido, envuelto el jardín en sombras y en espera de la queda, me iba al cuarto de la servidumbre donde solía haber extrañas e interesantes reuniones.

Aquí hay de observar que en aquel tiempo en Rusia existían las profesiones de "hombres de Dios" y "peregrinos". Eran gentes que iban de casa en casa, penetraban por las puertas de servicio y por un pedazo de torta y un vaso de té contaban veras y mentiras que siempre eran creídas a pie puntillas por el auditorio de domésticos.

Estos relatos los encontraba yo infinitamente más interesantes que los pueriles cuentos de mi aya. Me descubrían nuevos mundos y despertaban mi fantasía.

Entre ellos recuerdo una historia entera de las gestas heroicas del rey sarraceno Amir, de la bella princesa que raptara y de cómo se convirtiera en monje, refugiándose en el Monte Athos.

Esta fué la primera vez en que oí mencionar el "Monte Santo", que despertó extraordinariamente mi curiosidad.

Otros pormenores del Monte Athos los oí por boca de un anciano peregrino. Aquel anciano llegó cierta noche de gran tormenta. Llevaba una larga bata amarilla, ceñida con una soga; traía un saco a la espalda y se apoyaba en largo bastón. Su barba era tan blanca como la nieve que le cubría y dijo que venía directamente del Monte Athos.

Por él supe que en el Monte Athos no solamente no se admitían mujeres, sino ni animales hembras siquiera.

A continuación el anciano desató su saco y extrajo de él diversos objetos.

Esto es el "artos", el pan sagrado del Monte Athos, que cura todas las enfermedades... Esto es la sal tostada del jueves... Quien la pruebe con la fe puesta en el Jueves Santo, alcanzará milagrosamente todas las ciencias... Y he aquí un pedazo del mantón de la Santísima Virgen: a quien lo lleve como escapulario le preservará de todos los peligros...

«¡Cuántos tesoros posee este anciano!»—pensé maravillado—. ¡Y cuántos ha de haber en la Montaña Santa!

Y con mi imaginación vi el monte aureolado de santidad y sabiduría. Alguién suplicó que le diera un poco de "artos", pero el viejo volvió a guardar precipitadamente sus tesoros en el saco. A poco se fué y durante algún tiempo no oí hablar más del Monte Athos ni de sus monjes.

Y he aquí que cuando casi los tenía olvidados, se me presentó la ocasión de conocerles de cerca.

Alexis Marcoff

(Continuará)

DE ACTUALIDAD

Los Santos Lugares de Palestina: Mensaje del Episcopado español y respuesta del Santo Padre. La nueva ley fundamental de la Argentina

Los Santos Lugares de Palestina: Mensaje del Episcopado español y respuesta del Santo Padre

La Conferencia de Metropolitanos españoles envió, con fecha 12 del pasado mes de mayo, un mensaje al Soberano Pontífice sobre la cuestión de los Santos Lugares de Palestina, en el que hacían constar cómo las reiteradas exhortaciones del Papa, proclamando los derechos imprescriptibles de la Iglesia sobre aquellos Santos Lugares y la necesidad de establecer una situación jurídica que garantice la libertad y seguridad de los mismos, habían «solicitado y conmovido íntimamente los ánimos de la gran familia cristiana».

Y añaden los Metropolitanos: «El Episcopado español, con el alma siempre dispuesta a escuchar las normas y doctrinas que emanan de la Cátedra de la Verdad, compenetrado con el parecer y deseos del sucesor de San Pedro con más entusiasmo que con los propios, decidido a secundar humilde y diligentemente con toda fidelidad las órdenes y supremas disposiciones de Vuestra Santidad, ha organizado entre los fieles de esta católica nación una *cruzada de oraciones*, solicitamente mantenida hasta el presente, haciendo ambiente sobre la mente de Vuestra Paternidad». Además, el Episcopado español ha solicitado la intervención diplomática del Gobierno de la nación, y se ha dirigido al Episcopado de Norteamérica, pidiendo «que interponga su valimiento ante el propio Gobierno sobre esta delicada cuestión».

En nombre de Su Santidad el Papa, la Secretaría de Estado respondió, el día 11 de junio, al Emmo. Dr. Pla y Deniel en la siguiente forma:

«Eminentísimo y Reverendísimo señor: Tengo a gran honor el comunicar a V. E. que el Augusto Pontífice ha recibido la noble comunicación que, en nombre de los Obispos españoles, le ha enviado sobre las presentes luctuosas condiciones de Palestina.

»El Padre Santo ha visto con íntimo agrado las saludables iniciativas tomadas por esos Prelados en asunto de tanta importancia, *en especial el laudable estímulo de oraciones* a que han sido invitados todos los fieles de España para impetrar de Dios misericordioso una solución equitativa y justa de la sagrada región de Palestina.

»Su Santidad no duda de que V. E. y demás Prelados de España continuarán adoctrinando diligentemente a los fieles sobre los sagrados derechos de la Iglesia Católica en Palestina, vindicados por sus hijos en el decurso de los siglos con tantos peligros y contrariedades y muchas veces con el precio de su sangre.

»Quiera Dios que se defina la suerte de Palestina de conformidad con los principios de una paz verdadera y

sincera y de la justicia, habida cuenta plenamente de los derechos de la Iglesia.

»Con este vivísimo anhelo, el Sumo Pontífice, en auspicio de gracias celestiales y en prenda de su especial benevolencia, envía a V. E. y a todos y cada uno de los Obispos de España y a todos vuestros fieles, la bendición apostólica.

»Con esta oportunidad, beso con suma veneración la sagrada púrpura de V. E. y me profeso de vuestra eminencia adictísimo, *Domingo Tardini*.»

La nueva ley fundamental de la Argentina

El Episcopado Nacional de la Argentina «ha debido, al jurar la nueva Constitución, reiterar las reservas que desde el año 53 viene formulando: «salvos los derechos de Dios y de la Iglesia», y ello es una lástima, toda vez que parecía posible a los católicos poder adherir a su instrumento, sin que fuera necesario hacer las salvedades que, a ejemplo del Episcopado, todos y cada uno debemos formular contra ella».

Con estas palabras enjuicia el cronista en Buenos Aires de la gran revista interamericana *Latinoamérica*, Hugo M. de Achaval, la nueva Constitución de la República Argentina.

No se trata, en realidad, de una nueva Constitución, sino tan sólo de una reforma de la de 1853. En el aspecto político, la nueva ley fundamental, en opinión de dicho cronista, no implica ni un retroceso ni un adelanto. En el aspecto social parece adivinarse una reacción contra la antigua concepción liberal. En cambio, en el aspecto religioso constituye un grave retroceso.

Y apostilla el cronista: «El quedar estampadas en el nuevo instrumento legal las mismas frases, las mismas máximas, los mismos principios de 1853, es un anacronismo, que, sea cual sea la causa que lo motivara, no puede pasarse por alto al resumir la impresión acerca de la Constitución Perón. *Seguimos con el «Placet», el «Exequatur», con el Patronato de los reyes Católicos y con las ternas episcopales formadas por el Senado, la presentación presidencial* y otras hierbas del mismo género. Se ha mantenido el artículo segundo, por el cual el Gobierno Federal sostiene el culto católico, apostólico, romano, frase de compromiso y que tiene un sabor demasíadamente económico y poco satisfactorio.»

En resumen, la nueva Constitución argentina parece estar viciada por la influencia de las doctrinas regalistas, en consonancia con los principios del caduco sistema liberal, cuya influencia se deja sentir a menudo hasta en regímenes que externamente pretenden ser y representar una saludable reacción contra aquéllos.

Lo ocurrido en la Argentina no constituye, por desgracia, ningún caso insólito.

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA

LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22446 y se te dará el nombre de tu favorecido



*Visite las Cuevas
de Artá*

1875 - 1900 - 1925 - 1950

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR



I N D I C E

Proemio. Actualidad del presente folleto.
Introducción, por José-Oriol Cuffí Canadell.
El porqué de esta Revista (CRISTIANDAD).
Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey por Ramón Orlandis, S. I.
«Pax Romana» y su acción en el futuro, por Jaime Bofill.
El arco iris de la «Pax Romana», por Ramón Orlandis, S. I.
Ideal de una futura Cristiandad, por Pedro Basil.
¿Somos pesimistas?, por Ramón Orlandis, S. I.

PRECIO: 10 PTAS.

Pídalo en las principales librerías o a la Administración de CRISTIANDAD

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.
Semestral . 50'00 "
Trimestral . 25'00 "

Número ordinario . . . 5 pts.
Número doble 7 »
Encuadernar 25 »
Tomo encuadernado . 125 »

Precio de este ejemplar: 7 PESETAS

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

CATOLICISMO

o BARBARIE

Prólogo de Fernando Serrano
Director de "CRISTIANDAD"

SUMARIO

- Primera parte. — Problemas nacionales de la postguerra.
Segunda parte. — El mundo trata de organizar una paz.
Tercera parte. — Los enemigos de la paz y de la sociedad.
Cuarta parte. — Hacia la verdadera paz.
Conclusión. — Al Reino de Cristo por la devoción a su divino Corazón.

(UN LIBRO DE MAS DE 200 PAGINAS)

PRECIO: 35 PTAS.

Con visiones de actualidad presente y a la vez de actualidad perdurable, el autor va mostrando hechos de todos conocidos, pero los desmenuza, analiza y profundiza en su razón de ser, de forma que se puede ver su verdadero alcance y significado.

Profusa y variada es la literatura sobre el tema, pero pocas obras responden, dentro del criterio meramente analista de realidades, a una visión tan ordenada y superior del conjunto de acontecimientos, omitiendo el detallismo, para llegar a extraer las esencias y trabazones entre ellos y deducir las naturales consecuencias.

CATOLICISMO o BARBARIE

POR

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

Encárguelo a su librero o pídalo directamente a la Administración de "CRISTIANDAD"

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA

Palabras de Su Santidad Pío XII

«Ambas devociones —la de la Eucaristía y la del Sagrado Corazón— colocan delante de nuestros ojos al mismo Dios infinitamente amante, la una honrando su amor bajo el símbolo natural de su Corazón, la otra adorando a ese Cuerpo y a esa Sangre por los cuales se nos da este amor.»

«¡Amad al Corazón de Jesús y os sentireis movidos necesariamente a buscarlo donde puede ser hallado, en la Eucaristía! ¡Postraos delante de Dios en los tabernáculos, y os sentireis traspasados por aquellos dardos benditos que os transportarán hasta el Corazón Divino para devolverle amor por amor!»

Martín Oliva

SOCIEDAD ANONIMA

Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 50587

BARCELONA